
3 1761 06755270 3

VICTOR ARREGUINE



LANZAS Y POTROS

M. BERTANI, Editor. MONTEVIDEO

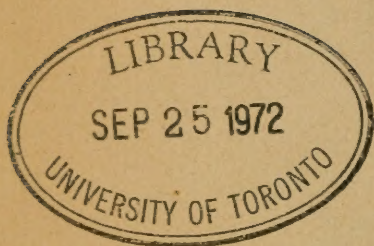
LANZAS Y POTROS

VÍCTOR ARREGUINE

LANZAS
Y
POTROS



MONTEVIDEO
O. M. BERTANI, Editor
1913


LIBRARY
SEP 25 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

LANZAS Y POTROS

El pelotón de gauchos se había detenido de repente en medio del campo, y como aquella parada en pleno día, cuando la costumbre era galopar varias horas sin descanso, no tuviera explicación, el teniente Juan Gómez, volviendo el tajeado rostro al montón de potros y hombres, dirigió la palabra a todos y a nadie:

— ¿ Y esto ?

Los jinetes permanecían inmóviles ; los corceles olfateaban. Entonces el teniente gritó : ¡ Adelante ! y todos partieron. Por la tarde vieron rojo el horizonte.

— Desde aquí debemos flanquear la quemazón, dijo al oficial un viejo barbudo.

Y añadió en tanto galopaban :

— Los pastizales se queman como yesca.

Poco después tropezaban con gamos y guanacos que venían huyendo de los campos incendiados, locos de terror, con la claridad del fuego en los ojazos.

Nubes de garzas, cuervos y chimangos pasaban a diversas alturas, escapando en confunsión de la gran faja roja que se acercaba despidiendo estrellas de fuego. Las gramillas y los algarrobos estaban marchitos mucho antes que los asaltara el

oleaje de llamas. Todo el campo, al frente, hasta perderse de vista, un mar de fuego. Y el rojo mar roncaba, bramaba contra la vida.

Primero pasaron los grandes: los guanacos, las águilas, los pumas, los fuertes, los que llevan la delantera en las derrotas. Después avanzó el pueblo de débiles: las ratas chamuscadas, los lechuzones, los mendigos hediondos de la naturaleza; los inválidos, los tontos, la carne de presa. Y por último, con alas brillantes o pesadas corazas los insectos, en polvorosa, en luminosa nube, como si la Vía Láctea hubiese descendido a la tierra, entre cenizas, llamas y caliginoso viento. Y detrás de las fieras y las sabandijas, tres hombres montados en un caballo viejo.

—¡Por aquí! gritaba el más pequeño de los tres, señalando un flanco pelado y salitroso de la incendiada pampa, hacia el cual corría también el rojo oleaje.

El teniente Gómez se adelantó a los fugitivos, gritándoles:

—¿De qué gente son?

—Desertores, respondió uno.

—¿De qué juerza?

—De la de López.

—Güeno. Vayan dentrando a la playa no má.

Y seguido de cerca penetró en el erial salitroso donde estaban sus gauchos. El caballo viejo fué degollado. Tres de sus patas quedaron extendidas al aire.

* * *

Recen un credo, ordenó el teniente a los tres

infelices, al caer la tarde. El fresco pastizal y olorosa menta apenas si sentían como débil aura solar el soplo del incendio distante. Uno de los prisioneros preguntó:

— ¿ Estamos en San Juan, mi teniente?

— ¿ Y pa qué querés saberlo, pues?

— No me gustaría dejar la osamenta fuera de mi provincia.

— Los cuervos de toas partes son los mesmos. ¿ Ya resastes tu credo?

— Ya.

— Que te aproveche...

Y ordenó a uno de sus hombres:

— A ver, González... tóquele la refalosa a este bicho.

* * *

Luego que los prisioneros estuvieron degollados, a la usanza de entonces, el teniente levantó las cabezas, las sopesó, las puso en tierra, las volvió a sopesar, y haciéndoles un largo tajo entre los maxilares inferiores, fuélas enhebrando en peluda lonja de cuero, y acabada la paciente labor ató la sarta a los tientos, en ancas del caballo.

Durante la marcha nocturna el viejo Farías se le acercó y le dijo:

— ¿ Cuántos van con éstos, teniente?

— Ya no ievo cuenta, mi amigo, y le entró una como fiebre de referir sus hazañas.

— ... Pero, ninguno, ño Farías, como el chinito, a-í-á en Mendoza... ¡ Lo viera! lo que pa-

taleó pa morir! Y cuando vino la china vieja, la madre, y lo vido, lo tapó con el reboso.

El incendio seguía avanzando por la pampa.

* * *

En la llanura el viento; sobre la llanura, el cielo; en el cielo, el desierto mundo lunar. Y allá, donde se funde el horizonte con la llanura, casi tocando los pastos movedizos, las Pléyades, cual en días de Homero.

El ojo de fuego de Aldebarán, el ojo del toro mitológico, mira con espanto el gesto de Orión, el tahalí de tres estrellas, el brazo levantado, la espada flamígera. Duermen bajo el ojo sanguinolento y bajo el enorme gesto del gigante, los mansos ganados, almas intermedias entre la materia y el hombre. Los ranchos sin una luz, semejan costras de la tierra. Y por entre el silencio, al tranco, va Juan Gómez, el de las viejas historias.

Viene mal a caballo, pues tiene seca la pierna derecha y débil como un palo de tambor el fémur.

Cruzada sobre el caballo trae su sucia muleta gastada por el uso, y de vez en cuando, por pura maldad, la levanta para castigar el caballo.

—¡Zaino! grita y talonea a la pobre bestia que se dirige hacia el rojo Aldebarán. Y el rojo Aldebarán parece mirar, alternativamente, ya a Orión, ya al jinete baldado.

Por el cerebro de Juan Gómez van desfilando marchas en duras noches de invierno, caballos semisalvajes, hombres y más hombres, figuras des-

coloridas, ya borradas del mundo. ¿ Realidad o ilusión ? Sueña que va a entrar en batalla.

— ¡ Vamo, zaino ! y otro muletazo.

El caballo viejo baja las orejas, se encoje, tira dos coces al aire y el cojo cae amenazando con la muleta.

El caballo flaco se pierde en los pastizales ; Juan Gómez queda abandonado frente al amenazante Orión. No sabe porque lo amenazan los astros. En cada palpitación de las estrellas lee una muda amenaza ; él, que jamás la vió en semblantes humanos.

IDILIO

La marca que deja en el ojo el pastizal entre el que se ha vivido durante generaciones, bien impresa la llevaba Juan Ran, biznieto de un desertor inglés perdido en la Pampa. Juan Ran, gaucho a más no poder, vivía en un ranchejo de adobe. Su haber consistía en una pringosa gaucha, seis hijos varones, un perro infinitamente perezoso y un campito donde pastaban algunas ovejas. Esto, sin contar dos caballos que eran como la pierna derecha y la pierna izquierda de Juan Ran. El aire de miseria del rancho se olía desde larga distancia. El vasco Ipar, cuando pasaba por las inmediaciones, apuraba el galope para librarse de la nube de moscas y de la podredumbre que llenaba el aire, desprendida de desperdicios y osamentas.

Pedro Noya, alias Gavilán, conductor de una diligencia, solía decir al llegar al pueblo comido por el desierto :

— Vengo de catorce leguas sin tomar agua. En la pulpería el agua es de pozo y me hace daño, y lo de doña Fermina queda a una legua del camino. De lo de Juan Ran no hay que hablar. La de la pipa está abombada. Es una gente que no se rasca la sarna por no mover el brazo.

Lo de la sarna era relativamente verdad : po-

dían estar y estaban sarnosas casi todas las ovejas; el perro tenía una paleta agusanada; pero en lo tocante a los seres humanos, esta vez, como tantas otras, Pedro Noya mentía. Ni un arbolito, ni siquiera el clásico ombú de las llanuras, daba sombra al campo de Ran. Yuyos, abrojos, gramilla y espinoso cardo, eso sí. La vez que se comía un choclo, el choclo provenía de la chacrita del gringo Mástola, sita a dos horas de distancia.

Juan Ran solía ordenar a su primogénito:

— A ver si te vas hasta lo del gringo y le manoteas media docena de choclos. Llevá el zaino, y como no estés aquí antes de la puesta del sol te he de arrimar una marimba de palos. Andá, y si agarrás alguna perdiz por el camino no se la vayas a dar a tu madre. Ella, que le pida a doña Fermina.

Doña Fermina era una pobre alemana cuyo marido vagando de baile en baile con su guitarra, a fuer de excelente tocador, músico de oído, artista por inspiración, cebaba su vicio, el beberaje, donde quiera que la gente moza se juntaba para solazarse con « gatos », « pericones » y « cielos ». En trescientas leguas a la redonda resonaba la fama de este perillán filarmónico, y cuando había estado « en las Uropas », porque estuvo, en efecto, una vez en el viejo mundo, con su guitarra habíase ganado el corazón de una rubia de un piringundín europeo, la misma doña Fermina, que abandonando el negocio de su tía se vino con el cuidador de ganado. En tal carácter. en un buque de vela, marchara años atrás el afamado guitarrero, « por saber mundo », según él; por unas

puñaladas, según Pedro Noya, de cuyo dudoso testimonio pocos eran los que hacían confianza.

Doña Fermina, en las tibias primaveras cavaba la tierra como un hombre — porque poseía unas fanegadas de tierra — y en los ardientes veranos regaba sus tomateras, sus pimientos y sus flores, con un sombrero de su marido en la cabeza. Lo cual no quitaba que diese educación a Guadalupe, una hijita habida por ahí, por el bellaco de su consorte. Iba por los trece años la niña y por lo hacendosa y buena no se diferenciaba de una perfecta señorita. Hacía punto de media, bordaba flores y leía de corrido en un viejo librote con láminas; pero su gran habilidad era la cocina. Tanto que Heliogábalo hubiese podido confiar a sus manecitas el más fabuloso condimento o el manir la más delicada caza.

El primogénito de Juan Ran solía ir a lo de doña Fermina cuando el hambre apretaba en el rancho de sus padres, y se pasaba las horas muertas contemplando los deditos de Guadalupe infatigables en la labor y le parecía que de ellos y no de la aguja y del ovillejo brotaba la malla. En el jardín revoloteaban las mariposas, esas hermosas hijas y madres de gusanos, Nanás del aire, vestidas de rosa, azul y oro, una tarde en que llegó el muchacho a despedirse de la alemana y de la niña.

A la interrogación de la primera, manifestó que se iba a trabajar a lo de Mástola, porque todos los suyos estaban muy pobres; pero al quedar solo con Guadalupe le confesó la verdad: su padre acababa de pegarle una tremenda paliza, y le mostró, arremangándose la sucia manga, el brazo derecho, para

que viera las equimosis. Hambre y rebencazos. Él no aguantaba más. Si el borracho de su padre quería comer choclos, que los robase con toda su alma; si quería cueros de nutria para comprar caña, que se fuese él a la orilla del río y las cazase. Se iba a correr mundo; el mundo era grande, y si viven los pajaritos, él también viviría. Y el muchacho lagrimeaba, medio de vergüenza, medio de coraje. Guadalupe había dejado la labor y lo miraba con su seriedad habitual. Entre aquellas almitas la gran ley creadora acababa de tender un hilo de fuego. Tan inocentes como Pablo y Virginia, este Pablo y esta Virginia de la llanura, ignoraban la naturaleza de su afecto.

Se sentían hermanos, pero cuando la ausencia puso entre ellos meses y meses, ella, en cada jinete lejano creía percibir la silueta del primogénito; él, rodando de estancia en estancia, soñaba ser rico para volar a sus pagos y no separarse ya de Guadalupe. Y así fué creciendo, creciendo aquella llamita azul, hasta mudarse en hoguera. Los tres años que pasaron sin verse ¡qué largos! Cada sol le parecía al primogénito un cansado gigante que se acostara en mitad de su celeste camino; y cada noche de invierno en la negra llanura, toda una vida, un esperar de condenado. A los tres años no pudo más. Ensilló el mejor caballo de su amigo el mayordomo, a quien dijera el motivo de su viaje, y partió a sus lejanos pagos, comiéndose el viento y la tierra en el galope. La tierra volaba bajo los cuatro cascos; los grandes árboles junto a que pasaba, al volver la cabeza para

calcular lo andado, aparecían raquíticos en el horizonte.

Mucho antes de divisar sus pagos, en la pulpería de Rabufeti, frente a la cual pateaban hasta seis caballos, y dentro de la cual bebía alcohol de papas doble número de gauchos, supo, por boca de un paisano que ya le era inútil seguir adelante.

— ¡ Grande se ha puesto el forastero ! exclamó en cuanto lo hubo reconocido. Dentre y tome algo. Yo pago.

El primogénito, en cuyo labio alardeaba un bigotito negro, entró y pidió la usual bebida del gauchaje :

— Mozo, una caña.

— ¿ Pa sus pagos va ? — preguntó el rubio.

— Verdá.

— ¿ Y no sabe nada ?

— ¿ Qué ?

— Pues en seguidita que usté ganó pal campo, su padre le vendió el campito a unos carcamanes, que de a poquito se van apoderando de todo. ¡ Ha visto, amigo ! Son lo mesmo que los gorriones estos carcamanes. Donde ellos pisan, el chingolito criollo espianta. Y desaparece la mesma golondrina. Va pa cuatro veranos que no veo sino gorriones y vencejos. El gorrión lo ha invadido todo.

— ¿ Y pa qué vendería mi padre su tierrita ? ¿ Es muerto alguno de los míos ?

— No le sabría decir de lo último, porque tuitos se jueron en una carreta que yo mesmo les presté. Lo de vender el campo y las ovejas y el caballo overo por cuatro riales, no es menester que se lo

mente. Juan Ran es hombre de mucha sed y necesitaba agua pa apagar el incendio.

El primogénito soportó con una mirada de soslayo esta alusión a las costumbres de su deudo, y al rato:

— ¿ Y la alemana ? — balbuceó.

— ¿ Doña Fermina ? Que Dios la tenga en descanso...

— ¿ Murió ? ¿ Y cuándo ?

— Hará un año, pa agosto.

— ¿ Y la chiquilina ?

— La chiquilina, como se quedó sola, estuvo primero en lo de doña Gervasia, aquella vieja de la Tranquera, que todavía cachetea a los hijos que ya tienen barba blanca. Y de ahí, la chiquilina voló con Noya el Gavilán.

UN CAPITÁN, UN FILÓSOFO Y UNA MOZA

Orla, péñola mía, de hojas de espadaña las riberas del riacho viboreante al pie de las Lomas Azules; saluda a la achira y al ceibo de encarnada flor; no agravies al nativo caraguatá llamándole bromelia espinosa, ni a la salvaje tuna con el nombre de opuncia; viste de áureos botones la encantada fronda; haz escurrirse por debajo de las espinosas matas a la iguana verdosa; fabrica en las ramas mal tejidos nidos de tórtola; sigue el vuelo de la gran paloma roja silvestre; pon, pues estamos en horas vernales, luz en los peñascos; cuídate, en fin, de comparar la primavera, que este año viene recatada y rosada de auroras a las vírgenes locas del evangelio.

¿O no ves cuál esplende el azul por encima de las Lomas Azules, ni qué bien sienta al pueblecillo de las Colinas su toca de nubes albares?

Pero no sigas, que las gentes de la localidad no han de entenderte, ocupadas como se hallan en investigar con quién habrá levantado el vuelo Penélope, la hija mayor de Flora Calventos.

No sigas que el hecho, con algunos granos de porfía, ha formado allí dos azufradas facciones, y ni los apretados árboles ni el aire de oro serían fuerza a distraer a quienes afirman que la vie-

ron fugarse en la balsa con el filósofo, ni a los que juran haberla divisado en el instante de alzarla en ancas de su tordillo el capitán y seguir cumbres arriba.

***

¡ El honor ! Tal era el tema de doña Flora y también su defensa, a estar a la opinión pública de las Colinas y hasta de Puerto Seco, aldeucha triste y ventosa, a la orilla del mar, y fondeadero del primer acorazado del país, nave de cinco cañones y dos pies de calado.

Las Colinas se ligaba a este arenoso lugar por una locomotora tuberculosa, según su perpetua afonía, ronquidos, toses y quebrantos. El jefe de tráfico la examinaba, desde que llegaba bufante y sudorosa, y era de verlo con el aspecto de un duende, en las horas de las noche, revisar, farol en mano, émbolos, pistones y ejes.

Doña Flora, al unir sus dos palabras sacramentales, echaba violentamente atrás la cabeza y luego asumía el aire grave y altanero de las sibilas. Del movimiento resultaba, a veces, un viajecito de la peluca hacia el occipucio y el quedar en descubierto rojiza superficie craneana, otrora « selva de ébanos » en el verso de un poeta local.

El marido de la sibila practicaba el culto del descanso, desde la remota época en que ella y él encontráronse en el salón del « Hotel del Perro », parada forzosa de cazadores extraviados.

Siete hijas les habían nacido, hecho siempre melancólico y mayormente allí, de donde los mozos casaderos se mandaban mudar con harta frecuen-

cia, unos a la guerra, algunos a otras villas. Ni allí, ni en Puerto Seco ofrecíales el porvenir cosa distinta que el presente, y el presente era sol, cardales y un tren cada quince días.

¡ Salió cierta la maldición de aquel renegado de don Brígido ! solía exclamar el cónyuge de la sibila al acordarse que en su juventud, al sorprenderlo trampeando en los honestos placeres del monte inglés, don Brígido, el matrero, le escupiera al rostro un feroz ¡ Amalhaya el destino t'encaje una chorrera d'hembras !

No se juzgue, sin embargo, exuberante el gremio de Susanas en las Colinas, ni se repute maledicencia la salida de doña Julia, « la médica », al aconsejar a su hijo soltero de regreso a sus lares:

— Much'ojo, Juancito, que aquí la fruta se la comen pintona.

***

En el pueblecillo residía un malhumorado filósofo. ¿ Qué vientos lo habían llevado a tales sitios ? Sería, tal vez, averiguarlo, meterse en turbia investigación policial o — algo infinitamente más doloroso — hallarse en el polvo del olvido un enjambre de ilusiones muertas.

El caso era extraño ; extraño y real, al par del de muchos cristianos que en otros tiempos íbanse a vivir entre indios.

Si alguien se lamentaba por la muerte de un deudo, el filósofo lo consolaba a su manera escéptica :

— ¡ Bah ! Todos los días se fabrican cajas de muertos.

Empleaba con frecuencia frases hirientes.

— ¿ Mi opinión sobre los escritos de Núñez ? (se trataba del director de « Las bombas encadenadas») ¿ Mi opinión ? Ahí va : cae una araña y otra araña y otra araña . . .

No lo estimaba el joven orador Olimpio, desde aquella famosa felicitación ante un público entusiasta :

— Compañero, mis plácemes por el hermoso discurso que acaba usted de « expectorar » a la concurrencia.

Tampoco lo miraba con simpatía don Cesáreo, el político que, durante su estadía en Europa — creo que duró tres meses — asombrara con su saber a la Francia. Quizá los franceses lo habrían tomado « alegremente » — tenía esa espina — pero los franceses son así y eso no le impedía, al tenderse en el lecho, sentirse de sesenta leguas de largo.

Pues bien, a semejante político y constitucionalista por afición, vocación, convicción y profesión ¿ no se le descolgó, en cierta oportunidad con el más importuno chiste ?

— Vea, compañero, en cuanto lo nombren diputado, no se me vaya a olvidar de proponer un nuevo articulito a la constitución, un articulito que diga, poco más o menos : « Todo está permitido, inclusive violar ad líbitum la presente constitución ». Créame, compañero, a todas ellas les hace falta ese articulito insignificante.

Frente a la casita del filósofo elevábase un ciprés de perfil funerario. Allí, la tierra estaba árida y seca. Más allá, cardos y el yuyal que se comía los campos.

***

El vecino don Justo Lara unía a sus laureles de ex capitán los de poeta. Iluminábalo la inspiración, bien que él mismo la fomentase con pequeñas dosis de gin. Todavía era joven. Gustaba del olor de los pastos, del olor a pantano y del olor a vuelo de perdiz por él descubierto. Los versos lo perseguían como abejas a la flor del romero.

No podía pensar en una tormenta sin imaginársela

« A rayazos con las nubes.»

Alguna vez el genio de la redondilla estaba a su lado y manifiestamente lo estuvo al componer, en obsequio a la hija de un estanciero británico, aquel romance que empezaba :

Tú llevas en las pupilas
Las islas de Inglaterra.

¡ Pobre capitán ! Seguido de ardientes visiones y ahora en el ventoso pueblecillo, sospechado de rapto como cualquier filósofo !

La causa de su salida del ejército eran ¡ ay ! unas asonantadas décimas y menos el escribirlas que el leerlas a los soldados en el vivac nocturno, entre mate y mate.

El mayor, habiendo encontrado « perjudicial a la disciplina eso de ponerse a leer *puesías* a la tropa », soplóselo al comandante, y el comandante al coronel, viejo malísimo que prefería los caño-

nazos a la banda y el maullar del gato montés al canto de los payadores.

La suerte del capitán quedó decidida en cuanto el coronel lo mandó arrestado, con un « vaya no más, alférez », equivalente a un « queda usted rebajado ».

Lara montó entonces su pingo y se lanzó tinieblas adentro en el seno de los campos, dejando a la espalda las brillantes hogueras. De este modo hizo su entrada en las Colinas. Más adelante tal vez lo veamos, cana la barba, entre cicutales y machos cabríos. Por ahora dejemos al vecindario organizar comisiones que indaguen cual de los sindicados se ha llevado a Penélope.

Una de las comisiones, compuesta de cuatro « sujetos respetables », dos de cada facción, quedó encargada de explorar los dominios militares, en tanto la otra se dirigía a la casita del filósofo.

Como el capitán fuese algo veterinario, concertóse que se le vería en ese carácter, pretextando la repentina manquera del caballo *Lux*, contento y prez de las Colinas.

La consulta al filósofo basaríase en la hipótesis, ya bastante sobada, de echar un puente al río.

La primera comisión partió en áspero silencio y extrañó al acercarse al término de la ruta, no ver salirle la perrada. Llamaron con el clásico ¡ Ave María ! golpearon las manos y, finalmente, el que hacía de automedonte tiróse del breack, empujó la puerta y como ésta cediese y le dejara contemplar el vacío, volviendo el rostro dió un ¡ Viva Saturno Ferreira ! y notificó victoriosamente a sus colegas :

— ¡ Nada ! ¡ Campamento levantado !

Sobraría decir que Saturno Ferreira era él, el caudillo de los inculpadores de Lara.

Sus dos vencidos colegas inclinaron las frentes en señal de derrota, derrota que en otro lugar conquistaba el nombre de triunfo, pues tampoco quedaba nadie en la casita del ciprés.

Esta noticia la conocieron en el camino al juntarse los dos carruajes, de regreso a las Colinas.

No cabía ya discusión acerca de la triple fuga y los dos bandos diéronse, en metáfora, el abrazo de las conciliaciones. Y de los ocho individuos, el más terco, don Saturno, propuso un brindis a la concordia y hasta hizo un comentario digno del filósofo que la localidad acababa de perder:

— Pues señores, de hoy en adelante puede afirmarse que los hombres han dejado de ser gallos.

BELÉN EN CATAMARCA

Tracatrac! Tracatrac! Tracatrac! ¿ Quién no ha escuchado la monótona música de los vagones en un largo viaje? Seguramente iba el tren con gran velocidad cuando atravesábamos uno de los más pintorescos valles catamarqueños. A la distancia se veían montañas azuladas, en su actitud serena de colosos petrificados.

Lo cual tal vez influía para que mi compañero de viaje prosiguiera el poema casi homérico por su extensión, de las alabanzas a aquellas regiones de donde era nativo.

El ruido del tren ya no cantaba tratatrac! tracatrac! tracatrac! Parecía más bien entonar: Catarmarc! Catarmarc! Catarmarc!

Por fin, tras unos cuantos minutos de recorrer el valle, cesaron tanta Catamarca, catamarqueños y catamarcanos, como habían salido de aquella boca, cráter de entusiasmos, y el hombre entró en una cuestión de buen gusto: una cuestión histórica.

— Cree usted que existió Nuestro Señor Jesucristo?

— Creo.

— Y que nació en el Asia Menor?

— También.

— Celebro lo primero. En cuanto a lo segundo, qué testimonios podría usted aducir?
— Hombre!... El Nuevo y el Viejo Testamento Tácito...
— Ah, no! No, señor! Y no me dejó seguir.
El nacimiento de Jesús fué anunciado por una estrella, ¿no es así? que iba delante de los tres reyes magos, conduciéndolos por las soledades, ¿no es eso? para que en cierta hora le rindieran homenaje. Pues bien, cíteme usted un astrónomo que mencione la estrella, o algún autor que nos hable de Baltasar y sus acompañantes, o de los reinos de donde procedían.
¿Me los puede citar?
No supe qué responderle.
— Yo he leído las Santas Escrituras, continuó; Philón, Numenio, Ammonio, Plotino, Tácito, Renán y... qué sé yo...
Tácito habla de un Crestus, no de Cristo. Puedo asegurarle que este nombre no fué conocido en el Imperio Romano.
— Pero usted niega entonces la existencia de Jesús?
— Jamás. Soy católico, apostólico, catamarqueño.
— ¿Y entonces?
— Vea. Voy a decírle con toda la reserva del caso, un fundamental descubrimiento que acabo de hacer. He pasado veinticuatro años leyendo, estudiando los petroglifos, los valles, las montañas, los astros, los cielos y los ríos catamarcanos y he llegado a esta conclusión: la Palestina no está en el Asia. Es un error de los geógrafos posteriores

a las invasiones bárbaras, que trabucaron todas las nociones, poniendo el mundo patas arriba. La ignorancia de los europeos, por otra parte, en punto a hechos ocurridos fuera de sus respectivos países, es enorme. Figúrese usted, entre otras cosas, que Gabriel Tarde, uno de los hombres de mayor reputación en Francia y en Catamarca, asegura que en el Río de la Plata no hay abogados. Qué no será al referirse a veinte siglos atrás cuando los sabios escribían en cueros de oveja y los enamorados en la corteza de los nogales! Es seguro que la Judea no radica en el Asia Menor. La Judea son estos valles que usted ve.

— ¿ Ve aquellas montañas? Son el Sinaí. Los indios las han llamado siempre con unos sonidos semejantes.

Entre los falsos judíos, o sea entre los asiáticos del Asia Menor, usted casi no encuentra nombres bíblicos antiguos. Mientras aquí... Adam, Abraham, David, Samuel, Salomón, Absalón, ¿ qué catamarqueño no se llama de esa manera ? Y observe que entre las tribus abundaban los caciques nombrados Jonaiso, Jonasatel, Jonafraín, y que entre los calchaquíes precolombianos existían David, Sansón, Salomón, Enoc etc. Por mi parte, he encontrado la cruz en las peñas de estos valles, no una vez, muchas, lo mismo en las canteras que en las ollas de alfarería.

— Y todo esto señor, ¿ a qué viene ?

— ¿ A qué viene ? Y el rostro de mi interlocutor se ensanchó como dos pulgadas a derecha e izquierda.

Y añadió : ¿ Y no cae todavía ?

Pues viene a esto: Catamarca es la Judea de la Biblia; en ella encuentra usted el hebreo en su perfecta pureza, hablado por los naturales; en ella nació Nuestro Señor; de la estrella que anunció su llegada he encontrado reveladores testimonios en las rocas de Chapí, en las que Ten Kate sólo vió rituales; en ellas figura la escena del nacimiento en rústicos carácteres; los tres reyes magos fueron tres Incas del Perú.

— ¿Y usted va hasta Buenos Aires?

Y hasta Roma. Voy á ver confidencialmente a su Santidad y a proponerle que establezca su asiento en Belén de Catamarca, que es la piedra de que habló Jesús a San Pedro.

LA DERROTA

En triángulos que al abrirse forman una recta, con todas las aves de frente, y al cerrarse otra que no lleva de frente sino un ave, pasan las gaviotas azotadas por la tempestad. Negros de ira, así como multitudes empujadas por vientos de sangre, van los oscuros nubarrones ; marchan y contramarchan entre voces atronadoras. Los álamos cabecean ¡ sí ! ¡ no ! ¡ sí ! ¡ no !

De los vientos en lucha, el vencedor empuja á su pueblo de nubes. Pára el viento y las nubes quedan de firme. Todo enmudece, hasta que la centella hiere los resonantes cielos. Trepida el trueno : diríase una borrachera de montañas. Los ganados tiemblan, agrupados, ancas al rumbo por donde llegaron las nubes. A cada estampido corre un temblor por esas pobres carnes. Sus almas difusas invocan acaso una Providencia lejana. Entre la tempestad, otra tempestad de lanzas.

***

Ríe el alba. Junto a los carros de los vendedores hay grupos de soldados. Pehüé, el indio añoso, está al lado del carrito de Dora, « la estrella », mote del uso particular de la tropa. Inaccesible es « la es-

trella ». No lo olvidará nunca el bravo aguilucho Fausto Lares, a quien un día, previo un « no se pase comandante », le arrojó a la cabeza la pava de agua hirviente. Vuelan los teros de rojas púas alares en el aire rosado. El sargento Núñez, sentado en el suelo, lo está rayando con su puñal. Blas Benavente pulsa la guitarra para que « la estrella » lo oiga.

***

Parte la horda guerrera. Los jinetes, en medio de la noche, marchan semidormidos. Los campos salvajes, pisados por tantos centenares de cascos, huelen á trébol y menta. A ratos se oye un pedo de caballo o se baja un gaucho para apretar la cincha.

***

Seguido de un hilo de humo, Blas lanza su mensaje de muerte. Habría querido enviar su deseo exterminador en haces de rayos. Tiene miedo y el instinto le grita ¡ mata ! ¡ mata ! elimina el peligro cierto, la fuerza ciega, la carne de cañón enemiga. Y el mozo avanza, heroico a los ojos de los demás, hacia las cuchillas coronadas de relámpagos. Y en aquel instante, entre el aquí y el más allá, pasan las novias, las figuras cándidas por la imaginación de la mozada.

***

El enemigo adelanta de colina en colina. Ahora son los jinetes quienes, en marea de hierro, se acercan. Ya resplandece la hostilidad en las bri-

lladoras lanzas. Chocan los irritados batalladores. El que venía tocando a degüello cae de un lanzazo. Cruzan el campo furiosos corceles. Uno parte a galope, arrastrando a su dueño, cadáver, con el pie enganchado al estribo. De bruces, de espalda, de costado caen los hombres.

***

En el paso del río se ha atrabancado la derrota. Jinetes en tropel se precipitan sobre el paso; carros tumbados, a lo largo de los árboles indiferentes; un asustado, con el doble terror del hombre y de la bestia, atropella el montón y se tira en la corriente.

En la misma margen, al pie de un tala, yace en pedazos el carrito de « la estrella ». Pehué se aproxima y ve muerta de un balazo en la cara, a la flor del campamento.

***

El comandante Lares, rodeado por una veintena de los suyos, lucha en estrecho valle de rocas. Le hubiera agradado luchar en la llanura, a pleno sol, pero empujado por la avalancha allí ha llegado, en reculadas de león, dando zarpazos, entre relámpagos de sables.

El había soñado vencer con su presencia: luchar él solo contra el mundo entero. Está, pues, en su día, en su deseo realizado. Pero esta realidad no corresponde a sus visiones: es más prosaica, menos heroica, mucho menos sobrehumana. No; no es esto lo que ha visto otras veces en sus sueños he-

roicos. Gauchos rotosos, de ancha pata ennegrecida, se abalanzan a él, le tiran tajos, molinetes, golpes de plano y punta y también lanzazos, que él para devolviendo golpes, recio, ligero, sin perder el aplomo. Su ensueño de pisotear hombres, de hacer sentir su valor, está allí, viviente, real, aunque él no lo crea. Por todos lados vienen nuevos batalladores melenudos, dando gritos, blandiendo lanzas, agitando facones. Lares ni ve ni oye. No se da cuenta de las palabras sucias de sus contrarios, ni de sus ojos relampagueantes. ¿ Son cien ? ¿ Son mil ? Es todo un regimiento contra veinte hombres ; luego contra diez, contra cinco. El comandante arremete, retrocede, se echa ya a un lado, ya a otro, salta, tajea, corta, pega, pincha ; su espada hace giros, cae a modo de hacha, se va a fondo, allí en medio de los últimos compañeros. Es hora de morir.

¡ Cancha a un guapo ! vocea un indiecito, y llegándose de una atropellada a Lares, le pega con su « corvo » en la muñeca y la espada salta. Cincuenta armas se vuelven al valiente, y el valiente cae de costado, sujetándose los intestinos derramados por una lanza. Los caballos retroceden, pero los gauchos los espolean y se acercan más y más al caído.

AMOR QUE PASA

El maíz, vencedor del desierto, levantando sus millones de penachos como un ejército de valientes, no dejaba ver bien el rancho, oculto en la ribera del río.

La áspera tierra se volvía mansa y tranquila bajo la acción de las raíces forcejeantes. El soplo de la primavera corría avivando el instinto que hace tejer su cesto al gusano y a la flor encarnar el agitado estigma. Las yeguas, altas las ancas bañadas de sol, vagaban en raudos galopes, perseguidas de lejos por potros salvajes.

Las pitas alzaban sus columnas cilíndricas, en cuya copa iba á desarrollar en breve el verano un cosmos de oro.

Sólo Juan, sordo al vital ejemplo, permanecía insensible en la puerta del rancho. Sólo él sentía una negra tristeza que amarilleaba su recio semblante.

Por eso no vió llegar por el polvoroso sendero una cabecita de niña, una jovencita apartando los pastos sin causar ruido. Venía dulcemente, sosteniendo una pequeña batalla, apartando los nutridos hilos fibrosos que le atajaban el paso, venciendo aquel verdor tapizado a trechos de amapolas, vírgenes cálidas que llevan en su seno el ensueño.

Avanzaba la cabecita rubia, ostentando un sombrero de paja. A veces la tapaban los pastos como si fueran olas, y luego otra vez reaparecía, sobrenadando en el verdor, envuelta en la aureola del día.

Juan sintió angustia, casi miedo, cuando la miró cara a cara. Era una alba visión y se presentaba a sus ojos, ceñido el talle por una cinta roja. Si alguna vez la abuela Mitología le hubiese hablado de las ledas ninfas, creyérala la Ceres joven, surgiendo de los prados en flor, la diosa de los trigos, hendiendo el aire con su figura cándida.

Al verla, quedó en éxtasis. Ella lo había mirado con su luz de estrella, turbándolo todo, y él la vió alejarse, lentamente, lentamente, bajo el arco de triunfo del firmamento, y sintió que su vida quedaba encadenada a lo imposible.

***

No lejos del rancho de Juan levantábase la casa blanqueada de don Hipólito, viejo veraz y tomador de mate, casa en que se festejaba todos los años a San Isidro, patrono de los campos sembrados, casa también donde se respiraba un aura de salud y de cariño, que no podía emanar sino de dos lindas trigueñas, siempre con grandes rosas o cintas de colores, en las matas capitosas del cabello.

A fuerza de pasar por « las casas », Juan llegó a detenerse en ocasiones bajo la fresca ramada y aun a departir, sobre algo más que los vaticinios del tiempo, con el viejo hacendado.

Hablaban de la guerra una tarde, de la roja

guerra en cuchillas y llanos, cuando aparecióse la menor de las morochas.

En un arbolito próximo cantaba un cardenal de rojo copete; lejos, el rojizo polvo, se contorsionaba como un payaso; en los bajíos ardía la tarde; la bóveda celeste mentía la copa de caolín de un horno infinito. Juan pidió un jarro de agua, que le alcanzó Filomena, tan encendida como una nube de fuego que flotaba en el Occidente.

* * *

Más adelante, las lunas de enero vieron algo que no quisieron revelar a las auras, y el rugoso ombú supo también de una pasión y se regocijó esperando ser testigo de un nuevo idilio, el más grato para él, por tratarse de una morocha a quien hubiese podido llamar su biznieta. Pero fué vana la esperanza del pobre árbol viejo, que oyó en una ruborosa mañana la desdeñosa despedida del mozo:

— Me voy del pago, Filomena, porque no te quiero perder y . . . para que me olvides.

Sin embargo, de parte de la muchacha la despedida fué más tierna y fué regada con llanto. Juan se alejó y al estar a dos o tres cuadras refrenó su caballo para volver el rostro por última vez. Divisó a Filomena, le mandó un adiós con la mano y picando espuelas se alejó cantando tristes versos de amores, que oyeron indiferentes las salvajes pitas del camino.

SUGESTIÓN

Era un hombre temido, no por sus enormes, negras y revueltas barbas ; no por sus chicos, hondos y malignos ojos, ni siquiera por su catadura de desalmado. Lo conocían y sabían que el valor no formaba la nota saliente de don Santos ; pero cuando, en su carácter de comisario de policía, se presentaba en el lugar de un homicidio, revolviendo en las órbitas sus malignos ojos, y pegaba el grito : ¡ Naides se mueva ! los gauchos sentían un escalofrío.

Y era que por sus imaginaciones pasaba la visión de la Autoridad, de que don Santos era un símbolo. De aquella Autoridad de entonces que fusilaba a los homicidas en el paraje del crimen, haciendo cavar la fosa, y clavetear el ataúd de cuatro tablas de pino, al lado del banquillo, en los momentos que precedían a la ejecución y a veces a la vista del reo.

***

Por eso aquel día, cuando al término de la gran « carrera nacional », el Ñato Jacinto tendió de una puñalada al negro Upes, ebrio consuetudinario cuyo goce mayor era zaherir al forastero, los ji-

netes y los hombres « de a pie », « volaron » en todas direcciones, quedó limpia la cancha, la pulpería sola. Y el sol de aquel domingo, que doraba los trigales, no volvió a iluminar en toda la tarde un rostro humano. Estaba ocultándose el gran astro, tras la línea de los montes verdinegros, frontera al lejano río, en el instante en que atraído por algún vago rumor, « cayó », como decían los lugareños, el famoso don Santos al lugar del homicidio y con su voz más fuerte y enteramente de circunstancias, dió aunque no había nadie, el consagrado grito: ¡ Naides se mueva ! Y como los álamos parecieron acatarlo, dejando de rumorear en sus altas copas, echó pie a tierra, ordenó a sus dos acompañantes — dos policianos indios — hicieran otro tanto, y con la gravedad de la conciencia pública avanzó, penetró en el negocio, donde los blancos frascos de ginebra — no todos llenos — reposaban, y tras un interrogatorio autoritario al dueño del establecimiento, esperó a que llegaran los curiosos, que, en efecto, dándose cuenta de la presencia de la autoridad y creyendo con esa circunstancia alejada toda sospecha, fueron « cayendo » de uno en uno, simulando cabal desconocimiento de cuanto horas antes presenciaran.

Don Santos, profundo psicólogo a su manera, y lo que vale más, psicólogo experimental en medio de la vida, esperó todavía algunos minutos, hasta que se hubieron juntado alrededor de treinta paisanos y el comentario dió suelta a las conjeturas. Entonces se dirigió hacia el muerto, situado unos pasos más allá, junto a unas cicutas que la

sangre había salpicado. El negro, muy grande, endurecido por la rigidez cadavérica, parecía dormir con un brazo extendido. Sólo la sangre que las moscas y el sol habían como enmohecido, podía indicar a los recién llegados que aquel negro estaba algo más que dormido.

Don Santos dió al muerto con el pie, y dirigiéndose a los suyos impartió la orden que todos esperaban: ¡A ver! Déanlo güelta, con la cara p'abajo. Y una vez la operación realizada, muy gravemente, con tono profético, agregó la barbuda autoridad:

— Aura sí que aunqué sea más matrero que el diablo tendrá que cair el matador. Y no pasarán veinticuatro horas. Lo dice Santos Torres, ¡ canejo !

***

No era la una de la mañana cuando se presentaba el Ñato al sargento, dejado de exprofeso por don Santos junto a la pulpería, pidiendo al milico lo condujera preso.

— ¿ Y por qué, pues amigo ?

— Lléveme ande el comisario. A usted, ño Pintos, no le voy a decir ni así . . .

El resto de la noche aquellos dos hombres trotaron por campos desiertos, rumbo a la comisaría, a la que llegaron con las primeras luces. Don Santos tomaba mate a la puerta.

Respondió a los buenos días con un « se los dé Dios ». Y encarándose al Ñato :

— Vos, le dijo, juiste el que mataste al negro ¿ verdad ?

— Verdá . . .

— ¿ Y por qué no juistes ?

— Mire, ño Santos : Yo sabía que era al ñudo. Si juera por la polecía no más, a estas horas andaría po ande el diablo perdió el poncho. Pero con los dijuntos, señor comisario, no se puede.

El finao no m'iba a dejar juir.

EL VATE DE PUNTA BRAVA

Nada justificaría ante quien por primera vez lo viese, la colosal reputación de Serapio Courlis, el « esteta » de Punta Brava. Cara flaca, huesuda ; dedos largos, pelo largo, brazo largo, pie largo ; dientes en el ruinoso estado de costeras fortificaciones españolas, por cuyas grietas corren cangrejo y piojo de mar y entra y vuelve a salir el agua ; frente baja, ojos cegatos, oído de comparar al de las moscas ; corazón sostenido a digitalina ; nervios al bromuro de potasio. Su casa, un botiquín, sin faltar *fernet* para antes de la deglución, ni *rhum* para sentar la comida. Del estómago andaba mal ; del vientre, no mejor. Jamás se encendiera en entusiasmos y cuando la edad pone fuego en las venas, él no había amado. Dos motivos se lo vedaban : lo endeble de su organismo y sus nociones acerca de la belleza. Para él, era la mujer estatua imperfecta, por su movilidad. El no concebía estatuas en movimiento y, fuera de la estatuaria, las formas humanas se le aparecían faltas del noble prestigio del arte.

El material de sus poesías, daba a entender alto abolengo. Un ademán de Aquiles se vaciaba en sus letras como propio, y se hurtara el Parthenón si profanas miradas no reconociesen sus líneas. El

mismo, confidencialmente, reconocía no servir para extraer oro, aunque sí para burilar el que se pusiera a su alcance.

Al mentársele en Punta Brava, aun los bebés de tres años exclamaban ¡ oh ! Y se metían los deditos en las narices. Bastaron, con todo, para formarle opinión, las primeras dadas en su abono, sin duda por aquello de que las opiniones se parecen a los huevos : uno forma nidal. Pone la gansa y en pos de ella, otra gansa, y luego todas. Y en el redondo mundo, al cabo los gansos imponen su sesudo dictamen. Famas existen que no habrán de dar trabajo a enterradores futuros y muchos alientan en la fama que, en cuanto la muerte los mude en frascos vacíos y les despegue el marbete de su importancia, harán dudar de nuestro criterio.

Pocas ideas en los versos de Serapio el « esteta », en lo cual aventajaba a sus émulos, que son empresas igualmente maravillosas: vivir a lo grande sin recursos y escribir sin pensamiento.

Con esto y enviar a « La semana poética » los aplausos tributados a sus composiciones, que noveles cronistas se encargaban de condimentar con salsas y mantecas locales, fácil le fué conquistarse las modestas almas puntabravenses. Pero sería injusto olvidar que a semejante resultado contribuyeron desde un principio don Manuel el toreador y Eneas Misto, novelista de lejano país andino. El primero, si acerca de asuntos filosóficos se departía, en el acto vociferaba :

— Pus d'eso, d'eso, trata don Serapio.

— Pero don Manuel, ¿ usted lo ha leído ?

— Pa la farta que jace...

— ¿ Ha descubierto Serapio algún planeta, ha compuesto una ópera, ha matado un toro?

— ¡ Quite ustez ! ¡ A mí con toros y planetes ! ¡ Quite, jombre, quite ! ¡ Si don Serapio tiene un talente y un aquel ! ¡ Y si sabe ! Digo, ¡ sabe más que Aristote !

Y tras esta cita, el ardiente andaluz asumía la gallarda actitud que en las plazas de España, cuando iba a matar recibiendo.

El otro elogiador enviaba su voz desde Tolima, deseoso de ser conocido en tierra que no fuese la propia, donde se burlaban de sus raras sinécdoques. Y esa voz grandílocua al calificar a nuestro « esteta » en la más pura prosa decadente, de « Helios », de « Antinoo », sacaba a sus ojos algunas gotas de agua salada y divina, Y de este modo, su fama hendió las almas puntabravenses, como un bajel el mar.

Un día pensó en casarse el ilustre vate ; en la dicha doméstica : los rosales, los canarios, el perro y la cola del perro ; pero olvidóse de la novia, lo secundario en sus ilusiones. Dióse a imaginar : cantaba el canario, lucía el rosal, albeaba en el mármol Venus praxitelea ; pendían de las paredes óleos de famosos autores, unos fuego, otros sombra ; un Cupido de oro disparaba sus flechas contra dos palomas de plata. Dormía el perro a sus pies ; el reloj en soporte de ónice, marcaba el ritmo de la vida. Al llegar la noche, arriba, una siembra de astros ; abajo, silencio y soledad. Y nada de hombres y mujeres que sufren, ni de enjendraciones de seres, empresas y delitos.

Veinte años duró esta meditación imaginativa, este ensueño de hogar sin la presencia de la mujer, y al cabo, llena el alma de resecos surcos, como su primavera y su estío y parte de su otoño hubiesen corrido hacia la Eternidad, el « esteta », el « vate », se consoló componiendo un tratado magistral « Acerca de la majestad del arte y la dedicación de la vida a su preclaro culto ».

MANDINGA

La canalla heroica dormía. Eran dos mil soldados. Negros e indios, en parte. Sus ojos de acero, velados por el párpado, veían confusos paisajes extraterrestres. Soñaban. Todos más o menos borrachos, aunque la batalla estaba al caer. El hecho difícil de concebir en otras partes, no lo era entre esta resaca feroz, con un borrachón por general.

En la tarde habían sido traídas desde el horizonte, apresadas por una nube de lanceros, dos carretas colmadas de cascos de aguardiente. Y el ardiente líquido había corrido a destajo.

Jefes, soldados, oficiales, y hasta los mismos desesperados conductores de la carga, bebieron como en un bautismo de campo. Nadie velaba. El chino Severo, el coronel, roncaba bajo un cañón: un pie descalzo; el otro con una bota.

* * *

La montonera enemiga rondaba, fiera banda de cuervos. Un jinete negro, tizón de los enormes incendios de las luchas civiles, fué el primero en acercarse. Negro, chiquito, de ingenio diabólico, por mal nombre *Mandinga*. *Mandinga* era bailarín y cantor, amén de embustero. Un día tuvo el cora-

je de jurar a un tal Polidoro, ser hijo de padres blancos, explicando el accidente de su negrura con un antojo. Allá en otro tiempo, en el pueblo, atajaba a cualquiera, y si era criollo, — ¡ Mi coronel ! le decía, y si era inglés, — ¡ Milord ! y sin más preámbulos le refería su caso — Vea, mi coronel, ando enamorao de una rubia que baila en el cafetín de aquí a la vuelta. No le pido pa comer, ni pa mamarme ; le pido pa bailar una polca con la rubia.

Y de cada veinte — cálculo de *Mandinga* — uno lo « habilitaba », y era de verlo entonces zarandearse con el hermoso animal dorado en el *Bar de las ochenta naciones*, rival de la *Cova di Lixandrixa.* Bailaban y bailaban Carbón y luz, sin que los heteróclitos parroquianos del « Salón », soldadesca y compadres, parasen mientes en la extraordinaria pareja, ni en que Luz tenía más luz en los ojos cuando los fijaba en el lanudo cráneo de su caballero.

***

Mandinga vió en el campo los guerreros dormidos y con su destreza de mono, bajando del caballo, se fué a gatas a un oficial y le quitó la espada. Lo propio hizo con el fusil de un individuo de caballería, y al paso condujo hasta su jefe la nueva y el testimonio de sus dichos para que no le repitiese aquello tan sabido : ¡ cosas de negro !

***

Los gauchos de Feliciano Arán entraron con violencia de ciclón en el dormido campo. En medio de

la carga brutal los beodos se atajaban con inseguras manos, creyendo continuar un ensueño. ¡ Maten ! ¡ Maten !, gritaba un jefe de la montonera, y ¡ Maten ! ¡ Maten ! se repetía de hombre a hombre, bajo la claridad de una luna muy grande y de un puñado de luceros.

***

Pero de pronto Feliciano, el general medio poeta, medio matrero, sintió que la angustia le mordía. ¿ Cómo, él, matando gente indefensa ? ¡ No ! y en un arranque de alma gaucha, ordenó al trompa tocar a caballo y retirada. La banda creyendo que el toque fuese equivocación esperó un instante, y cuando la voz áspera del jefe resonó sin dejar lugar a dudas : — ¡ Muchachos, a caballo y a galope ! obedecieron de mal humor, siguiéndose un trueno de cascos.

***

Galopaban todos menos uno. Ese, Feliciano, el caudillo. Nadie se daba cuenta de que faltase. La vanguardia pensaba que iría a retaguardia y ésta que avanzaba a la delantera. El único en darse cuenta fué el negro, que habiendo ganado distancia púsose a acechar en un recodo del camino. Contemplaba el desfile, y cuando hubo pasado hasta el último, no viendo a su general, — ¡ Muchachos ! voceó, el general se nos ha quedao atrás ! Fuese que no lo oyesen o no le hicieran caso, el galope no se detuvo. Siguió, siguió, hacia las oscuras márgenes del lejano río. Entonces *Mandinga* dió vuelta, rumbo al enemigo, sin parar hasta ver a la clari-

dad de un fogón algunas siluetas. Hacia ellas espoleó su caballo. Un ¡ alto ! lo detuvo.

***

Conducido a presencia del general enemigo, hallólo con el suyo y sus ojos se abrieron hasta el espanto.

— ¿ Vos también prisionero ?, articuló Arán.

— ¡ Cómo ha de ser, mi jefe. Pero, ¿ por qué se dejó tomar usté, general ?

— A mí no me tomaron. Me entregué no más... pa pagar la culpa de matar hombres dormidos.

— En ese caso la culpa es mía, general. Yo fí el que le llevó la noticia ; yo fí el que robó el fusil de un milico y una espada ; yo fí el que le dije : vea, general, aproveche la bolada, que estas ocasiones no se presentan dos veces.

— Verdá, afirmó Arán.

— ¿ No ven ustedes ? — y el negro miraba los zahereños rostros enemigos. — ¿ No lo ven ? Afusílenme a mí, pero suelten al general.

EL ÍDOLO DE LUNA VERDE

Desde su alto trono ambulante, Juan Belén miraba a los peatones con el menosprecio de un rey. Emperador a su guisa, su pueblo componíanlo tres caballos: Tigre, Overo y Vamos, y se creyera feliz si no lo conturbase la maldición mayor echada por alguna antigua deidad sobre el alma del hombre: el propósito de realizar inasequible ensueño. Piedra filosofal ayer, tesis de felicidad social hoy, siempre la misma nube de cambiante forma y vario color.

El elixir de larga vida, venía a ser en Juan el carrero la imagen de Sofía Cruz, el diabólico idolillo de Luna Verde, que traía revuelta a la humanidad viril del lugarejo, con sólo su manera de inclinarse al regar sus clavellinas.

Suspiraba por ella, en primer término, sacando largos suspiros desde las comarcas del diafragma, don Pepe Puentes, hidalgo andaluz, ya vejancón, que aseguraba haber llegado muy cerca de la luna una noche que caminara por Andalucía, siendo causa de no arribar, no el salto de planeta a planeta, el ser la luna encendida bola de azufre. Acercóse tanto, sin embargo, que el fuego le chamuscó los bigotes y el olor lo dejó desmayado en las hierbas hasta que el viento de la aurora templó el calor y

disipó en parte los sulfúreos vapores.

Don Pepe, por una contradicción natural, de ésas que ponen ojos azules en caras morenas, descollaba, a pesar de ser rico y malagueño, por su excesiva afición al trabajo, que él calificaba concienzudamente de « mardita manía ».

Veíasele en invierno, en escarchados amaneceres, podando sus perales y nudosos albaricoques y treparse a los altos álamos en primavera y arrancar uno a uno los capullos de los bichos de cesto ; perseguir al taladro, roedor de los guindos, y a la hormiga ladrona ; rasquetear la horra yegua de sus paseos, y por añadidura instruir al perro en diferentes hábitos de honestidad y ejercicios militares. Tan avaro era, en fin, que araba la tierra a la láctea luz de la luna, porque « er tiempo no güerve ». Sufría de amores este casi explorador de Selene, y aún cometió, cierta mañana de San Juan, la bobería de pasar doce veces frente al portón del idolillo, sin otro premio que la burla enigmática del Mefistófeles del jardín.

Suspiraba también, pero mucho menos ruidosamente, Venancio el boyero, muchacho cetrino y callado. En su seriedad de indio, apenas si una turbia mirada, dirigida de soslayo al ídolo, permitía a los sagaces penetrar en el breñal de su pasión. Para los demás, la turbia mirada se identificaba con la de los bueyes, siendo de creer, que ni la chica la notase.

Juan Belén no reparaba en éstos rivales ni en otros de tal laya. Tenía « el pálpito », como buen criollo, de que el principal, D. Pepe, a fuerza de ser flaco e imaginativo, no pasaría del amor pla-

tónico, y si en lugar de guiar bestias hubiese tenido las luces de Bragas — a quien cuatro o cinco imbéciles habían, como ocurre a menudo, transformado en sabio famoso, — o la biliosa inteligencia de Pérez Vidrios, redactor de « La Voz del Arbol » periódico literario y de oposición a la autoridad local, ¡ qué ingeniosa tesis hubiera podido zurcir, demostrando como locura, flacura y fantaseo imposibilitan para el amor fecundo, e ilustrara fácil y terminantemente su proposición con el ejemplo de « Don Quijote », arquetipo de enamorados locos, enjutos y dados a tejer imaginerías en la tela de sus propios cerebros.

No miraba así a Petronilo, alias Termómetro, con que lo rebautizara el alcoholista Angelín, para explicar facultades de acomodamiento al superior. ¿ Le dolían las muelas al teniente alcalde, don Hipólito ? Pues Petronilo atábase un pañuelo a la cara. ¿ Se ponía serio don Hipólito ? Serio y cejijunto, el secretario. Y por los odios y cariños de éste se graduaban los de aquél. Ambos gustaban de iguales manjares y al presentarse juntos en el « Bar de la Tormenta », el mozo traíales dos copas ; jamás dos botellas.

En armonía con ellos andaba otro pretendiente del ídolo : Pericles Moro, abogadillo de ensortijado pelo, menos afortunado en el trabajo que el procurador don Perfecto, acaso debido a una vaga suposición de bellaquería, acaso a su constante tren de discurso, cual si apuntara a todas las diputaciones del universo.

Como nadie dejaba de huirle, pocos conocían su pensamiento y, pues es el pensar el hombre,

bueno será echar, de paso, una mirada al abrevadero de su mente.

Iguales a muertos en sus nichos,mostrando amarillentos lomos, a modo de descarnadas vértebras, yacían alineados en sus anaqueles, grandes librotes, heredados unos, comprados otros a libreros de viejo, pedidos, no pocos, a préstamo y no devueltos. En un estante, códigos; códigos en el de más abajo, y a derecha de todos, capitán y guía, el « Fuero Juzgo ». Luego « La Ciudad de Dios », sermones, « Vulgatas » (varias ediciones); hagiografías, 39 tomos del periódico «La Fe» y otros productos edificantes. Moro explicaba su preferencia de lo sagrado sobre lo profano en su necrópolis mental, argumentando que el derecho viene de Dios. Así, el cristiano, está todo en los mandamientos, y lo estuviera el mahometano en el Corán si Alah fuese Dios y los mahometanos concibiesen el derecho. Y si no estaban el indostánico y el persa en sus libros sagrados, era debido a la nimia importancia de los «Vedas» y del « Zend Avesta ». El Estado, sombra de Dios, lo cual no era óbice para inclinar a esta lumbrera a la aceptación de revueltas triunfantes siempre que ellas favoreciesen « sus principios individuales ».

En el sentir de Juan Belén era Moro el más temible de los rivales y sino lo menospreciaba asentía en cambio, a la cáustica alusión de don Pepe, el cual, al pasar por su lado el abogadillo, lanzara en presencia de diversas personas, ubicadas en torno a las mesitas de la « Confitería del Honor », una de sus frecuentes puyas: ¡ Jasú ! ¡ Jasú ! Qué olor a mula, cabayeros !



No menos trastornados con las gracias del ídolo, andaban el lagañoso y mentiroso director de « El Aviso », y Pérez, el de « La Voz del Árbol », a quien los hados reservaban por esposa la hija de un choricero. Y del mismo pie que ellos, cojeaba Juncos, el cuentista, amante del campo y de los estribos viejos con fanatismo caballar. Incapaz de sorprender los aspectos eternamente novedosos del cosmos, compartía sus horas entre la fácil literatura de los periódicos y el coleccionar « fierros » de caudillos bárbaros y lejanos.

Necesario hácese a esta altura dar idea de la especie de periodismo, a cuya falange pertenecían estos tres mozos. Para ello, es lo mejor ceder la palabra al difunto doctor Tardáguila :

« En el periodismo opositor de treinta años atrás, y en el actual de algún ignorado rincón de tierra adentro, era y es posible encontrar al anteingenioso sobreviviente a la danza de las espadas. Este ejemplar presume de fuerte a tenor de lo que chilla, y hasta de talentoso, ignorando la moderación de la fuerza y el concentrado brío mental de lo conciso. Locodiós, estentóreo, absolutista, iracundo y embustero, sus escritos imitan siempre el timbre trágico. No concibe sencillez ni buen humor y si le hubiese tocado vivir con Voltaire, a buen seguro que lo hubiera molido a palos. En el suburbio de las ciudades se le ve, raramente, ejerciendo de moralista o de profeta, y tal cual vez se crece en la campestre soledad, que la soledad mal aconseja a los débiles, y el aislamiento mental, con no per-

mitir la visión de las grandes lides del mundo, conduce a equivocar el estornudo local con el rumor distante de la fragua a cuyo fuego se elaboran destinos.

Afortunadamente los comisarios campestres de procedimientos expeditivos,han ido limpiando la tierra de estos abrojos intelectuales y me parece que la cosecha con que al fin habrán de presentarse al juicio divino, o tal vez sólo al de la posteridad, no será otra que el haber deslomado a alguno de esos escritores que titulan « Día nefasto » al de una elección municipal y « Sagrada causa de las libertades públicas » la de sus compinches de « beberaje » y fracasadas tentativas de expoliación, sustentada en la pringosa hojita, vaciadero del disparatado contenido de sus molleras y del dinero con que pagan los bombos adivinas, curanderos, fabricantes de específicos y demás cuenteros del tío, de la tía y de la madre que los parió.

En el fondo, semejantes periodistas, gente famélica de elogio y muy segura de la eficacia y acaso eternidad de sus macanazos, en razón de lo cual, nada valen para ellos cumbres mentales, ni cuanto pueblos admiraron y reverenciaron. Cavernas de mucilaginosos sapos!

Ante ellos pasará en lo futuro, semejante a un San Jorge, armado de fulmínea espada, la silueta del comisario campestre. Y ellos se morderán las orejas si no prefieren ahorcarse con sus propios intestinos ».

Hasta aquí nuestro bilioso difunto amigo. En cuanto al comisario de Luna Verde, D. Santos Pérez, por mal nombre Santidad Rompehuesos, si no

era precisamente un arcángel exterminador, era al menos un atropellador de bandoleros, que para él se dividían en tres castas : de daga, de uña, de tinta, a quienes trataba con la consideración que le había merecido su ingrato mote. Mote sobrellevado no sin carraspear cada vez que a sus espaldas sonaba a media voz la de un gaucho:

— Ahí va Ruempe...

El autor de la broma, hombre desocupado y « cañista », solía sentarse al borde de los caminos y desde allí zaherir a los trabajadores que iban a su trabajo. Su inteligencia, sin ser de mayores quilates que las de ellos, lo ponía sobre la generalidad de sus conciudadanos. Todo estribaba, según él, « en haberle sacado punta ». Este perillán solía afirmar solemnemente, si la casualidad lo ponía próximo a « ciertas personas » : Lo que es Sofía Cruz va a entrar de monja para agosto...

***

Una noche de primavera, en tanto los astros refulgentes parecían, unos caer sobre el horizonte y otros, en bandada, lanzarse en sereno vuelo hacia el ocaso, Juan Belén, iba rumbeando al caserón del capitán Lara, el chivero, pronto a revelarle recónditos pensamientos. El caserón, de paredes descascadas, resistiera, de años atrás, iras del sol y furor de tormentas; soportara el rayo; viera el viento invernal lanzarse al asalto de las estrellas, desafiara bíblicas lluvias y tremendas sequías; pero a lo que ya no podía oponerse era al forcejeo de las raíces del palán-palán y otros yerbajos subidos a sus

flancos y techos. Por flancos y techo se agrietaba, se abría, lloraba, si los vetustos caserones lloran; un enorme pino, único ejemplar en los alrededores, amparábalo en lo posible, y se dijeran dos ancianos amigos, contándose añejas historias. El árbol tenía, seguramente, mucho que contar. Había visto, a la luz de las lanzas, nacer la nación, aunque tal vez poco le importase, y en más de un caso cobijara bajo sus torcidas ramas a caudillos melenudos con igual despreocupación que ahora a los cabritos de D. Justo.

Otra curiosidad local: el caballejo de esta excelente persona; caballejo que dentro de las hipótesis teosóficas hubiese podido pasar por la reencarnación de Rocinante, tanto mientras filosofaba su caballar filosofía, como cuando, con remedo de guerrero andar, conducía a su jinete y amo de levita y galera de felpa, y bota, todo de color y olor a polilla.

* * *

El chivero, luego de oir la confesión de Juan Belén, a la luz de una vela :

Muchacho, le dijo, lo tuyo no deja de ser un macaneo del corazón, aún cuando en materia de amor hánse visto cosas mayores. ¿Sabes tú qué es el amor? Puras flores. Nos gustan las rosas porque no dan frutos. Los dieran, y adiós rosas. La fantasía, como el baile, ese aperitivo del casorio, nos ofrece demasiado. Por lo que hace a la chiquilina, chifladura de tantos, ¿puedes tú competir con el señor Puentes, ni siquiera con el badulaque de Juncos, el de los versos iguales a los de cualquier

autor traducido? Ni con Pérez, por mucho que comas con él en la misma fonda. A lo más, si llegarías cola con Venancio, que devora la cáscara de sus penas sin decir nada.

A tí te vendría de perilla la hija de la gallega Ordoña, la de las vacas. Es sucia y de pata en el suelo, pero la compone lo colorada, lo sana, lo fuerte. Te atalajará los caballos, les dará ración y agua a su hora. Lava, plancha, remienda. Te conviene.

— Yo no he venido a eso, D. Justo.

— Ya sé. Voy a la otra, hijito. Como tiene la cabeza llena de hombres, nunca, nunca servirá para nada. Poner los ojos en ella y pedirme te escriba cartas para ir a tirárselas en el jardín... No creía yo tan bárbaro el poder de la muchachita. En mi tiempo, una así ¿sabes? se tomaba para el titeo. Vamos ¡Vamos! como dice el gallego Vázquez... Reflexiona chorlo y tu corazón ha de volver a su lugar. Déjate de cartas, pues por bondadosa que fuese la pizpereta siempre te tomaría de misto. Y tendrías al fin que largarte de aquí, si no te ocurriese lo que al Vasquito. El cual, como todo el mundo sabe, se pasa los meses al lado de las iguanas y las iguanas no le huyen de tan alelado que lo ven. Mírate en ese espejo. Cuando el vasquito vino a Luna Verde, no se conocía en los hornos cortador de ladrillos que lo igualase. Plata labrada de los hornos, hasta que le dió por festejar a la sobrina de Agarrete. Agarrete, la sobrina de Agarrete, el novio de la sobrina, las visitas, la cocinera, los mismos peones de la estancia, todos se divirtieron de lo lindo con él, haciéndole la farsa de los amores correspondidos, hasta que el pobre vasco compren-

dió el juego y se dió al chupis. Y después a la soledad. Y más tarde a tocar aires de sus montañas en zanjones y caminos. Y ahora lo ves como un santo de la antigüedad entregado a la compañía de las iguanas y de las tortugas. También él me pidió una carta para su fulana. Yo me negué a ese delito, como me niego a este otro. En la vida hay, Juancito, bizcochos, pan de primera y de segunda y hasta de acemite, para los pobres. Gracias que puedas comer pan de segunda y te levantas con pretensión a mazapán. Lo propio que si mi matungo quisiera ganarle una carrera á todos los fletes de míster Morgan.

— No es eso don Justo. Ni en sueños he pensado lo que Vd. supone.

— Entonces, aquí, o tú estás en pepe o yo estoy loco.

— Voy a decirle. Yo no quiero sino que ella sepa de un corazón más en su rueda de corazones.

— Se va a reir en grande al verte pasar.

— No crea D. Justo. La carta ha de ir sin nombre, con el sentimiento no más.

* * *

A la siguiente mañana, al ir al jardín el idolillo, recogía de junto a una amapola cierto sobrecito torpemente envuelto en rosado papel. Sonrió. ¿ Sería otra vez Termómetro ?

— Pero si no tiene firma... Y leyó y halló elocuente la misiva. Le decía tantas veces sol, paloma, palmera, todas esas viejas tonterías estiladas por los poetas... (El chivero era algo poeta, aún vi-

viendo entre chivos, y en su juventud había compuesto infinidad de décimas asonantadas, que le valieron la separación casi ignominiosa del ejército). ¿ De quién podría ser ? ¿ De quién no ? Debía ser de él, del abogadito que la amaba en silencio !

* * *

Algo después D. Pepe vendía sus bienes y se largaba del lugarejo, porque, según él, en Luna Verde se había vuelto insoportable el olor a mula. Y más adelante, Juan Belén dió en imitar al Vasquito; pero, dicho sea en su honor, con un programa sin aires melancólicos ni rústica compañía de iguanas.

BUEN TIEMPO

— ¡ Buen tiempo ! — exclamó el médico, viendo desde los cristales cómo se desplomaba el cielo. Caía en cordeles con furia y pesadumbre la lluvia, saltando en esferitas al tocar el suelo; compacta, casi oscura, tomando a la distancia el aspecto de un cortinaje plúmbeo. Los transeúntes corrían a lo largo de las paredes.

Un caballo de panadero humeaba en una esquina.

— ¡ Sí, buen tiempo — coreó como un eco el cliente, dando un cuarto de conversión en la cama.

La amarillez de la ictericia confundía su rostro con la camiseta de franela que lo abrigaba.

¿ Ironía del médico aquella exclamación ? Bien podía serlo. Entre relámpagos, truenos, neblina, aguaceros y lodo, iba corrido un mes. Pocas veces justificó mejor su acierto el diario más popular de la aldea que al bautizar derechamente al temporal de diluvio.

Aun cuando el enfermo de azafranados ojos no se sentía en tren de discurso, el galeno, que no se atrevía a irse, por temor a tal cual chispa eléctrica que restallaba distante, prometiendo dar fin al reinado de los acuosos vapores, ensayó, para no acordarse de la hora que perdía, un

diálogo llamado a languidecer por la pobreza del asunto.

—Vea, don Cristóbal: no ha de opinar usted como nosotros. (En este «nosotros» incluía evidentemente a sus colegas profesionales). Estos días, desesperantes para ustedes, (alusión a los profanos) son una bendición para el médico. Abundan constipados y pulmonías que es un contento. Un chiflón cualquiera tuerce al vasco más recio y le manda una soberbia hemiplejia. El menor descuido zampa en una misma casa dos o tres chicos con sarampión o escarlatina. La viruela y la bubónica—especialidades ajenas—reciben cuarenta fustigazos. Una herida insignificante se echa a perder, y no vale la consabida carne caliente con azufre. ¡¡Espléndido tiempo!

—¿Cómo así?

—Ya sé con que se me viene. Pero, nos moriríamos de hambre (siempre el estilo representativo) si de continuo reinaran buen aire y buen sol. El aire y la luz arruinan la profesión. Vienen a ser como la seca y la langosta para la agricultura. Y en cuanto al sacerdocio de la ciencia (debió pronunciar la palabra con mayúscula) le diré: hay dos aspectos, el profesional y el humanitario. Quien no trabaja, no come. El juez y el abogado viven de pleitos, asesinatos, estupros y ¡qué sé yo! Si mañana muriesen todos los ladrones y pleitistas, se cerrarían de cuatro juzgados, tres, y las salas de la Facultad de derecho se verían desiertas. Las comisarías serían para tomar mate con los amigos. El artista necesita del público; el periódico del comercio; el gobierno, de periodistas y partida-

rios oficiosos; el vendedor de lentes, de présbitas y miopes; el pedicuro, de callosidades. Y todo así. Razonable es entonces que el médico celebre como debe la época próspera.

Mucho más habló el médico famoso por sus « igualas » con sangradores y farmacéuticos, a cuyas boticas enviaba sus recetas. Y en tanto iba deshilando su charla, en el doliente día invernal, el ictérico lo miraba sorprendido, sin recelar que aquel hombre juramentado para batirse contra la muerte, le había « fabricado » la enfermedad lúgubre que de los siete colores del iris toma uno y con él tiñe el alma y el cuerpo de sus víctimas.

EL CABALLO MORO DE QUIROGA.

Cinco mil jinetes cn línea, temblaban con un solo temblor al pasar frente a ellos el tremendo jefe, con la cabellera revuelta y los ojos escrutadores. Con una orden suya, desiertos quedaban campos y ciudades, y los ejércitos contrarios al penetrar en el país del caudillo creían pisar las tierras de la desolación, y el planeta que rueda en los espacios, ágil y florido, perdía su encanto hasta sugerir terror aqueróntico. En la guerra, en el amor y en el juego era invencible, según la imaginación popular, el auténtico rey del llano. Cuando partía para los combates, volaban en pos de él los buitres gauchescos y el oro del sol esplendía en un torbellino de lanzas. Cuando conquistaba aldea o ciudad, su primer mandato, mandato de muerte. Si se hallaba para el caso algún viejo, mejor. Fusilar un inválido, un septuagenario, gran consternación para el pueblo. El fin tenido en vista, « aterrorizar », se alcanzaba hasta lo inconcebible. El rigor parecía tanto más fiero al aliarse a la debilidad de la víctima. Nadie reparaba que el echar carne inútil a la gran Devoradora podía responder al intento escondido de economizar vidas en flor, aunque éstas tampoco dejaran de caer cuando el segador gaucho quería. ¿ Gaucho ? El más gaucho. Al re-

ñir una acción deja de lado infantes, cañones. ¿Creeis, pregunta Sarmiento, que es torpeza? « No: es gala de gaucho. La infantería deshonra el triunfo, cuyos laureles debe coger desde a caballo. »

Suma la bravura del león y los instintos de la hiena. León ha nacido. Hiena se ha hecho quizá por cálculo.

No conoce únicamente las llanuras que pisa y las huellas de un guanaco en la serranía: conoce las almas entre quienes vive y las domina con un gesto porque las conoce.

En cierto final de batalla, en el desbordamiento de la fuga, pára sus gauchos y fusila a un sargento porque ha comentado la derrota. La derrota le echa encima una nube de jinetes y él con su lanza, solo, gigantesco en el camino, detiene la nube ensangrentada. Más temen los suyos su acero que un bosque de aceros. Entre el rayo y la lanza de su jefe, se quedan con el rayo. La vida de sus gauchos para él ¿qué vale? Una vida humana y un yuyo, igual. En el juego desprecia así también las onzas de oro, y por eso gana. Partida en que esté, se sigue tres horas ó tres noches. Se encarniza con la suerte y la doma.

Los gauchos creen de veras que trata con espíritus familiares y que ha pactado con poderes ocultos. Su caballo moro es profeta y le aconseja pelear o no pelear. Su caballo moro le cuenta el rumbo de sus contrarios y el sitio y hora del encuentro. Los gauchos lo contemplan como o un ídolo, con un sentimiento de estupor.

Además, el jefe dispone de unos hombres que se transfiguran en tigres, auténticamente. Son los

capiangos, animales misteriosos que nadie ha visto, pero que no permiten duda. El jefe los suelta hombres, de noche, y al entrar al real enemigo son fieras. Estamos como se ve, en pleno imperio de la Fábula, o en pleno país de encantamiento. Las ficciones de Ariosto palidecen ante esta realidad. Un comandante a quien el general Paz ordena le traiga 150 jinetes se presenta con 30.

— Y los demás?

— Los demás, general, se me desertaron anoche, durante la marcha.

— ¿ Cómo así, amigo ?

El comandante responde con palabras de un sentido enigmático, y no es sin oblicuas miradas recelosas que confiesa habérsele dispersado la tropa, al saber que el terrible guerrero trae, para la futura batalla, 400 *capiangos*. Contra un regimiento luchará cada gaucho ; contra un gato sobrenatural no pelearía un millón de gauchos.

***

En vísperas de Oncativo, cenaba Paz con sus oficiales y jefes, y con ellos un vencido, un comandante de la Sierra, Güemes Campero ; se charlaba de los poderes misteriosos del caudillo del llano ; « todos reían, tanto más cuanto el comandante callaba, evitando decir su modo de pensar ». La conversación paró en lo del caballo moro, « confidente, consejero y adivino del ya dos veces derrotado Quiroga». Entonces fué general la carcajada, en términos que picó á Güemes Campero, que ya no pudo continuar con su estudiada reserva. Se re-

vistió, pues, de toda la formalidad de que era capaz, y tomando el tono más solemne, dijo : « Señores : digan ustedes lo que quieran ; rían cuanto se les antoje ; pero lo que yo puedo asegurar es que el caballo moro se indispuso terriblemente con su amo el día de la acción de la Tablada, porque no siguió el consejo que le dió, de evitar la batalla ese día; y en prueba de ello, soy testigo ocular, que habiendo querido poco después del combate mudar de caballo y montarlo, el moro no permitió que lo enfrenasen por más esfuerzos que se hicieron, siendo yo mismo uno de los que procuraron hacerlo ; y todo esto era para manifestar su irritación por el desprecio que el general hizo de sus avisos. »

Sobrábale razón a Paz, para opinar que si él no hubiese debelado a Quiroga, éste « hubiera podido erigirse en un nuevo Mahoma, ser el fundador de una nueva religión ».

Peleó después de esto recia batalla el caudillo, perdiéndola. Perseguido de cerca, huía con cien o ciento veinte lanceros, en continuo soliloquio.

— Sí . . . fuí un bruto ! Toda la culpa es mía. ¡ Si hubiese escuchado al moro ! . . . ¡ Si hubiese traído los *capiangos* como me aconsejaba el moro!... ¡ Bien hecho por haberme apartado de lo seguro y tirar un lance puramente mío ! Y de vez en cuando se metía la nerviosa mano en la enmarañada cabellera y se tironeaba aquel boscaje. Y el caballo moro huía también, de tiro, y los lanceros en fuga lo miraban como a milagroso acompañante ; y en la cara del caudillo no veían indicios de malicia, sino un furor interno contra si propio, un maldecirse que le salía a la mirada.

Que los indígenas de Méjico creyeran a los caballos de Hernán Cortés inventores de las armas de fuego, no es extraño.

Que jinetes nacidos, por decirlo así, sobre corceles, criados entre potros y que morían junto a las bestias, creyesen en las facultades extraterretres del moro, es lo que no se explica sino es por la avasalladora fascinación ejercida sobre sus almas incultas por otra de que en antiguas edades pudo arrancar un rey o un profeta y que brotada en la áspera Rioja, en un siglo demasiado viejo, vino a parar en el más espléndido y terrible conductor de lanzas del Nuevo Mundo.

ALMAS GUERRERAS

Ver en sus ojos era ver el fondo de una gruta de leones. Cuando miraba firme, pocos eran los bravos que resistían su mirada. En cierto sentido ¿ no sería una reencarnación de Aigiar, hija de Caidú, llamada « luna brillante » por los tártaros, y a quien Marco Polo vió ir a los combates y desmontar y arrastrar a los más audaces guerreros ?

Los gauchos le llamaban « la águila » ; las hembras, le llamaban « la víbora ».

Sus padres... pero tenía padres ? Habíala encontrado una paisana vieja entre las matas de maíz, hacía dieciocho años ; la había recogido, siendo pequeñita ; la había visto perderse entre las zarzamoras, cuando no era más alta que una planta de lino ; la había retado por andar a topadas con los carneros y a guantones con los perros bravos.

Cuando la paisana la vió por primera vez, la criatura estaba echada de espaldas, mirando al sol que se filtraba por entre las matas. Mitad pensativa, mitad agresiva, fué creciendo ; su alma antojábasele a todos alma de varón. A Pedro el tropero, se le escapó una vez este dicho : « hija de indio ». La verdad es que nada atestiguaba en ella parentesco con la raza amarga extinguida a lan-

za y a fuego. Sus manos eran dignas de un madrigal.

Juana — nombre que le dió un viajero cuando tenía cuatro años y al que mordiera la mano al serle echada el agua simbólica — no había sentido ninguna pasión. Su castidad no peligraba con los ejemplos de toros y caballos salvajes. Eso sí, no podía dejar de pensar en el ardor imbécil de los animales, ni impedir que sus sensaciones se transformaran en ideas de un orden bien raro. Formulaba sin palabras sus juicios, para ella sola, y en el fondo de su alma compadecía a los seres entregados al fatal volver de la vida, que ella concebía como un flujo y reflujo, una ondulación sin objeto.

Un carnero degollado? Un carnero parido. Un pato echado a la olla? Una nidada, linda y amarillenta en el corral. Y lo mismo las plantas; y lo mismo los hombres.

Recordaba a D. Tomás, muerto en la guerra, siendo ella muy niña, y pensaba en los cinco hijos del viejo, cinco hermosos muchachos, con el verdor de las campañas de Artigas en los ojos sombríos, soñando en peleas a lanza en las cuchillas.

¡Brutos! pensaba. El pato nace, se divierte; está en su gloria nadando, y al fin sucede que lo agarra la vieja, lo degüella, lo despluma y se lo come. Y el hombre igual. Crece, juega, se chancea y viene la guerra y lo destripa. Otros vienen y otros... y siempre lo mismo!

En sus pensamientos sin forma, la guerra era para ella una entidad superior, una diosa malvada de cuyos designios no se daban cuenta los gauchos.

Y en aquella tarde de enero, mientras pasaban las carretas de rechinantes ejes, rodeadas por el fuego del sol, y rodaban por el polvoroso camino cargadas de lanzas y custodiadas por soldados, Juana acostó el mate junto a la pared de la cocina y rápida, cual las fabulosas amazonas, montó en el caballo ya enjaezado para traer agua del arroyo, y de un solo galope estuvo a los instantes en medio del grupo de carretas.

— ¿ Aonde va la moza linda ? Tal preguntó un sargento en cuanto ella estuvo cerca.

— Parensé ! fué el grito de la hermosa mujer, grito imperioso, subrayado por un gesto del brazo. Y en la orden había una fuerza tal, una sugestión tan viva, que no sólo el sargento, pero también las carretas más próximas, de las veintitrés que marchaban al Norte, se detuvieron.

— Diga, moza, y pa qué quiere que paremos ?

Ella no respondió. Partió a galope hacia el extremo algo lejano del convoy, hacia la primera carreta que marcaba el rumbo e iba rodeada por cuatro lanceros.

El mismo grito, el mismo imperio en el ademán de su diestra, el mismo relámpago en los ojos. Los soldados no sabían qué pensar.

— Si estará loca moza tan linda !

Por fin el sargento, el hombre de mayor graduación en el grupo, se presentó seguido de dos muchachones cavilosos, se acercó a ella y la interpeló secamente :

— Diga, moza, y por qué nos hemos de parar ? No ve que vamos a San Ramón y que semos soldaos ? Y finalmente, — en tono menos áspero :

¿No le anuncea el corazón que le podemos hacer algo?

Ella lanzó una carcajada que resonó en el aire rojizo, y aprovechando la indecisión de los hombres y sintiendo como un parto de ideas afluir sus pensamientos de otras veces, en su lenguaje natal alzó la voz por encima de todos:

— Vean que hay zonzos en esta tierra! Armas, carretas llenitas de armas, pa achurarse unos a otros! Y a qué santo?

El sargento, un tanto cohibido:

— Y qué quiere que hacemos, moza linda?

— Qué hacer? Vayan y tiren todo eso al arroyo.

— Pero mòza, déjese de bromas y vea que semos soldaos y que tenemos un comendante, que aunque no está aquí...

Otra carcajada resonó en el aire cada vez más rojo.

— Sí, moza, prosiguió el sargento con cierta flojera en la voz, el general si hacemos eso, nos jusila.

— El general, ¿y qué es eso? Algún sarnoso que le ha pegao la sarna al gauchaje!...

— El general es el que manda, articuló el sargento.

Algo muy turbador debió pasar por el cerebro de la joven, porque levantando el rebenque, de un salto de la bestia se echó en medio de los hombres y ciega de coraje, como grande abeja indignada, ágil y brillante, descargó sus golpes en rostros y espaldas de aquel montón de gauchos, duros y valientes al igual de los tártaros del rey Kublaí, que llevaba un leopardo a la grupa.

Roja venía la tarde y roja hasta el cabello regresaba Juana a su rancho, sin que uno solo de aquellos jinetes se atreviera a seguirla.

— ¡ Pucha, moza mala ! fué el único comentario que murmuró un conductor de carretas, mientras los otros marchaban pensativos por los campos desiertos.

DOS Y DOS

El mulato Zacarías, guardaba el secreto del hurto de las manzanas de don Pío, su señor. Las huellas de barro adheridas al muro imitaban admirablemente las del calzado del otro peón, Manuel el gallego, a quien el mulato dominaba con sus astucias. A veces lo encendía en ira, relatándole el caso supuesto de otro gallego que, al venir a América, habiendo hallado, al desembarcar, en la playa una moneda con el busto de Carlos III, arrojada por la resaca, ya no quiso hacer otra cosa sino irse día a día a la arena a buscar duros, como si para él los acuñase la marisma.

Con frecuencia perdíase el mulatillo a lo largo de la sinuosa y profunda zanja seca, sin que don Pío maliciase que allí se atiborraba con golosinas hurtadas al huerto o la despensa. Antes lo suponía amor a la soledad, pues más de una vez creyera sorprenderlo en coloquio con los jilgueros, y porque el zanjón, lleno de recortadas sombras de espinosas matas, rayado a trechos por la sombra larga y fina de algún pitón, matizado, a trozos, por picadas sombras de helechos, brindaba al cuerpo reposo y a los ojos deleite, siendo en los ardores de estío cual baño de frescor y bálsamos. Húmeda sombra, donde prendían enmarañada zarza y

oloroso hinojo ; sombra leve y clara donde ralos espinillos dejaban penetrar las espadas del sol hasta dibujar discos de oro en el desnudo suelo, según un cantar de Lucio Encina, el Virgilio rústico de aquellos contornos.

Quedaba en la comarca el aliento de la guerra. En la superficie del campo todavía podían verse, dispersas aquí y allá, medio descubiertas por las lluvias, cantidad de balas de plomo,como así mismo tal cual oxidada bala de cañón, tal cual casco de granada. Lo que más llamaba la atención de los arrapiezos del lugar, no era ni la zanja, ni el plomo que fundían para fabricar, según la libre fantasía del aire, figuras en moldes de arena. Tampoco las pesadas esferas de hierro, ni los botones de cobre, con el escudo nacional, única memoria que aun existía de los soldados muertos otras veces en los combates. Éralo el cañón viejo, caído hacia un lado, una rueda en el aire, la otra encajada en el zanjón. El viejo monstruo, aunque apuntando al cielo, en actitud dramática, era ahora la mansa mula de los pilletes. Lo montaban de dos en dos, de tres en tres, taloneándolo con pies descalzos, para que arrancase. Además, el haber higueras y un grupo de pitones en la hondonada donde el cañón vivía — porque para los chicos no era una pieza muerta — favorecía la popularidad del inofensivo monstruo.

Descendían las pitas, las esbeltas siempre verdes, hondonada abajo, y allí, junto al cañón, alzaban sus priápicos tallos, ebrios de flores nauseabundas, cuajadas de oro vivo, oro en charreteras, como si invisibles generales — o visibles bajo el aspecto de bohordos — se hubiesen agrupado en

silencioso consejo de guerra. Para tranquilidad de los pilletes jamás asomaba por allí la trompa de « el Mico », alias con que alguno de ellos, rencoroso, intentara definir al mulato.

* * *

Dos muchachas hermoseaban la casa, el jardín, el huerto y a veces el campo de don Pío. Porque era mucha la tierra de este grave español. En sus lindes el campo dedicado a los vacunos, en nada recordaba refinamientos civilizados. Los peones vestían y vivían a la antigua; el cardo crecía a sus anchas, en manchones; pero a medida que se dejaba atrás la zona pastoril, la vaca, el zorro, la vizcacha, el aspecto del suelo se modificaba por la presencia de árboles. Después, venía la chacra, con su cultivo de maíz y zapallos; más adelante, el huerto, y, ya cerca del villorrio y del camino, el jardín con sus altos muros y sus puertas cocheras, una hacia el campo, otra al camino. En el centro del jardín embalsamado por magnolias y rosales, la mansión de don Pío, casi un palacio, y encantado palacio con relación a las chatas viviendas de Luna Verde.

La menor de las jóvenes denunciaba en su palidez casi terrosa y en lo largo de sus pestañas, en las cuales se descomponía la luz como al través de un prisma, el terrible mal incurable. Se la creyera rodeada de un nimbo; dijérase que sus pensamientos llevaban alas. Semejante al trigo siberiano, que germina, crece y florece en breves semanas, presintiendo la glacial blancura, la

vida de la jovencita ganaba en intensidad los plazos que el hado le restaba.

El Virgilio rústico, alguna tarde, viéndola de lejos, había compuesto versos en su honor, llamándole :

...Suave perfume
De las florestas hacia el mar enviado.

Como éste excelente muchacho fuera primo de las dos jóvenes, ni el trato ni la frecuentación de la casa estuviéronle vedados ; pero él, habiendo advertido que la mayor, Inés, lo miraba con pecaminosa curiosidad — cosa natural en una mujercita de veinte años — le envió unas estrofas que acabaron por ser fiero muro entre él y la casa. Versos muy largos para ser transcriptos, en sustancia decían : « En el mundo moral, no se cumple la sideral ley de Newton. Puedo tener un sapo a mis pies sin preocuparme de él mayormente que del emperador de la China. Y puedo pensar en Homero, que ya no existe y quién sabe si existió nunca.

La grosera ley sideral no sabe sino de esferas. Pudo haber poblado los cielos de cuerpos triangulares, exagonales, octogonales y de otras mil formas. Pero le falta el don de la complejidad. Sólo la vida se crea sus formas geométricas variadas, propias a engendrar la hermosura. No hay color : el color reside en nuestra retina. No existen vicio ni virtud. Virtud, un poco de sol ; vicio, exceso de sombra.

Amor es encantamiento. Si pudiéramos contemplar a nuestras amadas en su totalidad ; si fuesen como el cristal transparentes y viéramos al tra-

vés de sus cuerpos circular la sangre y cumplirse las demás funciones vitales — como cuando al levantar la tapa de un reloj vemos andar su mecanismo — Amor nos abandonaría en una hora.

Prima, primita Inés: Si no existiéramos en el mundo sino tú y yo, probablemente la humanidad se extinguiría. En cambio, fuéramos Adán y Eva yo y tu hermana y la renovada creación poblárase de Hércules y de dioses.

Base de mundos, el éter. Base de la eternidad, el ser. Lo que se hace en un segundo, para la eternidad se hace. Un hecho nadie lo anonada.

Prima, primita Inés: Posible que nunca haya hablado de esta suerte un poeta a una hermosa. Mas yo no soy culpable, prima, primita Inés.»

***

Una noche D. Pío prolongaba la sobremesa con varios amigos. La luz enérgica del gas se echaba en la caliente oscuridad de estío por puertas y ventanas sobre los limoneros y magnolias del jardín.

Por algún presentimiento D. Pío ordenó a la mucama:

— Dile a la niña Inés que venga.

Al rato Laureana reaparecía diciendo:

— Señor, la niña no está en ninguna parte...

***

Meditó D. Pío. Nada dijo. Esperó que se fueran los amigos y entonces salió seguido de su perro, llevando una escopeta de dos caños, un saquito de

munición y una roja lata de pólvora. En vano erró parte de la noche ; en vano atisbó la silueta de los árboles fantasmales y creyó oir en el repentino silencio de los grillos pasos furtivos que eran el eco de sus pasos. En vano casi rodó por la fábrica del ruinoso horno de ladrillos, en cuyo derrededor de día revolaban juguetonas golondrinas y de noche chirriaban murciélagos y lechuzas de ojos fosforescentes.

***

En adelante ya no se vió al mulatillo. Ni a Inés tampoco. El Virgilio local compuso un poema campestre explicando el hecho y haciendo intervenir en la fábula al Amor, a los sátiros y a las ninfas.

EL TIGRE DE CERROS NEGROS

— ¡ Tomá, pavo ! — Y de un revés, Benigno Pintos echó por tierra al bravucón Anacleto Dulce.

Revés igual no se recordaba en la tradición escolar de Cerros Negros, y eso que descollaban reputaciones como Isidoro Gallo, con su apodo de *Chocolatero*, y *Sinapismos* cuyo nombre de pila habíase olvidado por falta de uso, sin contar a Francisco Hermidas, *Sacamuelas*, alias sobrellevado orgullosamente como diploma de sus habilidades.

Benigno era alegre, chancero, botarate. Su cara, semejante a un suelo sacudido por terremotos, ostentaba tantas y tan hondas señales de viruelas, que en cualquier centro algo civilizado sugiriera el recuerdo de Mirabeau. No allí. Allí le llamaban *Luna de terracota* aunque, dicho sea en honor de la verdad, su calificativo más común era *el tigre.*

Sus compañeros lo estimaban casi en lo que valía y el viejo maestro español, antiguo capitán de fragata (el informe procede de fuente sospechosa y según otro español lo de « capitán » podía traducirse por « cabo de cañón ») si alguien le iba con delaciones acerca de lo que impropiamente se dió en llamar «la tiranía de Benigno », escuchaba la queja como quien oye un cañoneo a 3.000 millas de distancia.

La noción del peligro faltaba en *el tigre*. Bien lo demostró la vez que un perro rabioso se metió en el corral del vasco Ipar, mordiendo a los mejores caballos. El muchacho, en dos saltos estuvo entreverado con las bestias y sin reparar en los tiros que de fuera llovían, se trajo al perro en alto, presa de la garganta, y ya estrangulado lo arrojó a los pies del concurso, un veterano policial y media docena de vascos herreros.

Pero este dominador nato no abusaba de sus poderes y era de verlo, si se deliberaba en los recreos, sobre jugar a mancha o rayuela, argumentar frente a los pequeños y aun soportarle groseras bromas al jorobadito *Gurrumina* y tonterías a *Pambaso*, el hazmerreir de los contornos.

— Vos tenés fuerza, pero no sos plata dorada, solía decirle *Gurrumina*, cuando no prefería adjudicarle el tratamiento de « ¡ chino bestia ! » reemplazado a veces por este delicado eufemismo local : « ánima bendita »...

— Mirá, — respondía el fuerte, con la ventaja de sus catorce años sobre doce — aunque seas más inteligente que yo, eso no es razón para envolverme. Hacés mal en acaudillar á los rayueleros. ¡ Qué diablos ! La mancha da calor y hace correr la sangre.

Y en pos de esto :

— ¡ Muchachos, a la mancha, el que quiera !

Y allá iban todos, hasta el jorobadito, a trazar de carrera, en el gran patio blanco, curvas, rectas, zigzages, cuerpeadas y gambetas, alrededor del aljibe y de los limoneros.

— ¿ Qué quisieras ser tú ? — le preguntó un día el maestro.

— ¿ Yo ?... El mar... O más bien... y aquí puso el nombre del dictador de los dominios donde se empinaban los fantásticos Cerros Negros.

Así creció el muchacho, respetado y escuchado. Y ya fuera de la escuela, hasta en las reuniones de compadritos y ruedas de gauchos, él era figura central.

***

Hace algún tiempo, paseándose por el tranquilo villorrio de los Cerros Negros, el condiscípulo Arenales, dió de manos a boca con un corpulento ciudadano que le dirigió la palabra.

— ¿ Vos por acá ? Vagos recuerdos, a manera de aves lejanas, atravesaron la memoria del condiscípulo. Aquella cara era de « alguien » muy próximo a otras horas de su existencia. — ¿ Cuándo ? La duda se arrimaba a la perplejidad.

— Pero hombre, ¡ qué memoria la tuya ! Ya no te acuerdas de la escuela, del capitán de fragata, del limón del patio, de *Gurrumina*, que murió ; de nadie... Ni siquiera de Pintos, *el tigre.*

— Ah, sí, Pintos... — y se anudaron en un abrazo.

— ¿ Siempre aquí ?

— Siempre. Como aquellos cerros...

— ¿ Y ?

— Ya sé : lo que he hecho de mi vida, de mi fuerza. Mirá, allí en frente.

Arenales volvió los ojos y en el letrero puesto sobre vieja puerta leyó:

Panadería de Benigno Pintos

Pan — Galleta — Factura de toda clase

FRENTE A ILIÓN

(*Murallas de Montevideo. A la derecha tunas, olivos y cipreses. A la izquierda una batería. En segundo término, la ciudad y el mar. Pueblo, mujeres, soldados y oficiales. Canje de prisioneros*).

Grupo de mujeres.

UNA SITIADORA — No tenemos una flor en el campamento.

UNA SITIADA — Aquí las cultivamos en los balcones. No nos faltan claveles, ni dalias, ni espuelas de caballero.

OTRA SITIADA — ¿Ves aquel mozo alto que viene hacia aquí?

SITIADORA — ¿Quién es?

SITIADA — El teniente de los versos.

SITIADORA — ¡Qué bien! De día nos apunta con su cañón y de noche apunta a las estrellas.

UN VIEJO QUE PASA — En el Cerrito hay mucha lechuza...

OTRA SITIADORA — Los nuestros se divierten de otra manera. Los domingos, en la plaza de toros de Restauración, Olid hace de picador y el doctor Joanicó hace de banderillero.

Otro grupo. Soldados.

UN SITIADOR — Contame, negro, como fué la atropellada de ayer.

UN SOLDADO NEGRO — Figulate que el almilante blasilelo venía con nueve buque leclamando un macaco que se le jué con Garinbalde y Melchol Pacheco subió a la sumaca, una sumaca como ete bonete, y con un cañoncito asina, se le jué al aboldaje y ai no ma lo paló al inglés.

SITIADOR — ¿ Y si el inglés no se para ?

NEGRO — ¿ Si no se pala ? Hué ! Le mete bala ai no ma !

Otro grupo. Soldados.

UNA VOZ — ¡ Que cante Alburquerque !
VARIAS VOCES — ¡ Ese no !
OTRA VOZ — ¡ Que cante Pintos !
ALGUIEN — Pal carnero.
VOCES — ¡ Que cante Luna !
LUNA—Gracias, muchachos. Tengo el garguero seco.
UN SOLDADO (pasándole un porrón de ginebra) — Velay, remoje.
LUNA (*bebe, preludia, canta*) :

Los gauchos matreros
Tienen sus ideas :
En cualquier camino
Saben les espera
Una vez la muerte,
Cuatro la tristeza.

Duermen en los yuyos
Lo mismo que bestias.
Como gavilanes
Fieros merodean
Tras alguna vaca,
Tras alguna oveja.
Desde lejos miran
Lucir las haciendas,
Y trotar los potros
Detrás de las yeguas.

. . . .

Fuí gaucho matrero
Sin rancho ni ley
Mientras de tus ojos
No me enamoré.
Tú no sabes Lola
Cuanta es mi pasión !
Sólo te comparo
Con alguna flor.
Con la flor más linda,
Con la flor de luz :
Con la estrella grande
De la Cruz de Sur !

Otro grupo.

Dionisio Burgos (*comandante sitiado*). — Entonces, hasta que se muera, nos estará sitiando tu general ?

Francisco Burgos (*capitán sitiador*). — De us-

tedes depende... Y tu Melchor Pacheco ¿capitula o no?

Dionisio — Primo: tú lo sabes: esa palabra no existe para él. Ahora se va a Europa, a defender la República.

Francisco — Extranjero! ¿Pero de qué república hablas? Si es ésta de Montevideo, con sus legiones de negros, italianos y franceses, tu salida vale un aplauso. Cincuenta manzanas, un muro, un foso, tres mil soldados... Una república... Cuatro gatos, el espacio que un carancho atraviesa en cinco minutos... de dictador un viejo, que se va á comer masitas al mercado... Una república!... Al pescar un bagre, los vecinos se agrupan alrededor del animal y lo devoran con los ojos. Y si no comen carne con los ojos, de otra manera no la prueban. Los franceses que hacemos prisioneros, caen al medio día, cuando el hambre los empuja al arroyito (*señala al campo con el brazo*) a pescar ranas... Una república!

(*A lo lejos pasa un guerrero rubio. Viste camiseta roja.*)

Una voz — ¡Viva Garibaldí!

Otras voces, mas próximas — Viva!

(*Toque de clarín en las murallas*).

PONCE ARAÑA

— En mi tiempo... — y frunció el ceño el viejo bandido.

— ¡ Y en su tiempo qué, don Amílcar ?

— El robo de aves quedaba para los negros y los pilletes de seis años.

— Ese no es el género de hoy. El género de hoy es el asalto.

— Valiente... De tres contra uno. Y ese, gringo. ¡ Ratones ! Y escupió fuerte.

— No tal, don Amílcar. El género es expuesto. A veces hay que darle al otario.

— De atrás...

— ¿Pasaban las cosas de otro modo en su tiempo?

— Vea, mozo ; se conoce que usted no ha oído mentar a Ponce Araña. ¡ Cómo se olvida en este mundo lo mentao otras veces ! Pero estoy mal del pecho y no quiero hablar...

* * *

Fué otro día que, medio chispo, refirió en la pulpería de « Los tres claveles » su encuentro con el comisario, aunque disfrazando su individuo con el seudónimo de su compadre Juan Recio.

— Ponce Araña — empezó diciendo — no quería

que lo llamasen así. Le decían don Ponce cara a cara, y por detrás, Araña. Apelativo bien hallado, de veras.

En el juego de naipes, sus manos podían pasar por dos arañas encogidas, cuando sostenía la baraja en el aire, orejeándola despacito ; arañas que salían de la cueva, si pintaba bien ; arañas despatarradas en el camino, que saltaban si se tendía de repente. Araña era en la comisaría, en el fondo de su despacho, y araña correteando el campo. Araña brava con la mosca y brava con el avispón. No es por hacer menos a nadie, pero no he visto comisario tan toro.

¿ No ha notado, amigo, alma de araña en la policía ? Pues éste les daba a todos bola vista y juraba que en su sección no había de tolerar a nadie que se apartase de la ley, y lo cumplía. ¡ Canejo, si lo cumplía ! Matrero que caía en sus uñas, lo mandaba « destinao » al ejército. En los batallones sacaban de esta madera unos milicos flor. En la guerra del Paraguay se quemó bastante de esta leña.

Mi compadre me dijo una tardecita : Me voy a los pagos de Ponce Araña, para hacerlo rabiar. Con que, si tiene algún encargo para él, ya sabe . . .

— ¡ Pero qué va a hacer, compadre ! — le dije.

— Vea — me respondió : — de entrada le pego fuego a la comisaría y después le salgo al camino a Venancio Cruz, el que fué ayudante de Venancio Flores. Lo peleo, le quito el caballo y le ordeno que vaya a avisarle a Araña. Y se fué. Era duro el hombre. No tomaba. No fumaba. Y si le daba por el amor, como creo, las mataba a las calladas. Una noche, junto al murallón del río, enlazó a un guar-

dacostas para hacer pasar un contrabando, y cuando los contrabandistas le pusieron seis onzas en la mano, las tiró al agua.

Ese era mi compadre. De la misma fibra que el vasquito Vergara, aquél que tomó el vapor de la carrera, rindió al capitán, y con ese buque mercante declaró la guerra al gobierno y se anduvo de macaneo acuático no sé cuántos días.

Bueno. La comisaría ardió y mi compadre fué a plantarse en medio del camino, por supuesto, a la espera de Cruz el bravo. Pero Cruz no pasaba, porque no tendría porque pasar. Y allí, en el camino, se aguantó noches y días. Los que lo veían parado, sin decir palabra ni contestar al saludo, se lo figuraban un tropero sordo, esperando hacienda. Pasaban pocos. Al fin, en una puesta de sol, vió venir a su hombre del lado del Oeste. Primero lo vió lejos, delante del sol, como un puntito; después más cerca, negreando en la fogata del cielo; lueguito a dos cuadras, a un lado del astro que de esa laya parecía una tumbada luna en creciente.

Cruz, gaucho rico, estanciero en tiempo de paz y comandante en tiempo de guerra, llegó a la vera de mi compadre, sin sospechar nada, y entonces Recio se le puso al lado y empezó a marchar con él, al mismo paso castellano. Cruz lo notó y le dijo:

— ¿ Quién sos vos pa ponerte asina a mi vera ?

— ¿ Quién soy ? ¿ Y qué le importa ?

— ¿ Se te ofrece algo ? — Y en la voz del comandante no se notaba nada extraño. Lo más natural...

— Quiero su caballo... y su cinto...

— ¡ Tomá, sarnoso ! — Y le tiró un arreadorazo

que si mi compadre no es tan listo, lo desloma o le hace polvo los sesos.

Entonces Juan Recio le mandó un viaje con un cuchillito de un geme. No le tiró a matar, sino a cortarle la muñeca. El otro quería seguir peleando con la zurda. No era justo aceptarle, y Juancito lo convenció y le vendó la herida con el más lindo pañuelo de seda venido de la India. Y, naturalmente, le confesó la verdad. Que lo había peleado y herido para pedirle le avisara a Ponce Araña que allí lo esperaba. Que trajese su partida y no demorase.

Y vino Araña. Pero no en el aire esperando. Vino solito él y su alma. Y dió las buenas tardes entero y muy amable.

— ¿ Usted es nuevo en el pago, no ? Así empezó el hombre.

— Flamante — retrucó Recio.

— Y quería vérselas conmigo, ¿ no ?

— Así es.

— Hombre que se costea a pelear de puro gusto, loco ha de ser.

— O maula...

— No se caliente paisano.

— Estoy temblando... de miedo.

— Bueno. Usted pretende pelearme, pero ¿ por qué ? ¿ Le habré prendido algún pariente ? ¿ Le habré apaleado algún hermano ?

— Mis parientes se defienden solos.

— ¿ Y entonces ?

— Es que usted tiene fama de ser malo... taura... tigre...

— En mi pago. Y usted tal vez en el suyo, no ?

Pero debo prevenirle que Ponce persigue las ratas, las lauchas, los zorros. A los tigres, no.

— No afloje...

— No es aflojada. Es razón. Usted entra aquí haciendo barbaridades: lastima a mi amigo Cruz, sin motivo; me manda desafiar, a mí y a la partida, agregando, en ancas, que fué usted quien quemó el rancho de la policía. Yo me digo: Este es un trastornao, o es un gaucho fantasía, enlazador de estrellas. Vamos a verlo, Ponce. A ver si a las buenas se manda mudar del pago, o si quiere quedarse a trabajar a las buenas. Y aquí me tiene con que no quiero hacerle el gusto, porque, vea paisano, usted ha de ser hombre bueno, aunque mal encaminao; y hombre mal encaminao, es enemigo de sí mismo. Y yo vengo a pedirle que haga las paces con usted.

Y el final fué que Araña y mi compadre tomaron, esa misma tarde, juntos y en buena armonía, infinidad de copetines, lo cual, como a ustedes les consta, es principio de amistad entre hombres de cualquier laya y estado.

VIAJE DANTESCO

Fué en el camino de la Vida. Nada de selva salvaje. Un camino así no más, algo tortuoso.

De repente vime ante una a modo de cueva, según pintan los naturalistas fotógrafos, antros de leones, oscura más que por cueva por ser la tarde venida y por la mucha sombra que en torno esparcían coposos árboles. Un haz de crepúsculo había llegado rebotando por los cielos, a poner su roja claridad sobre la abertura del antro, en la cual veíase esta sola palabra: *Infierno.* Supuse morara allí algún italiota, lector del viejo gibelino y por italiota dueño de negocio de bebidas. En esa sospecha golpeé con el bastón en un banco y al instante aparecióse un joven, de no mal aspecto, el cual, haciendo ceremonias me dijo:

— Dígnese pasar adelante.

— Esto es hotel?

— Esta es la entrada del infierno.

Me eché a reir.

— No se burle Vd. ¿Acaso no ha leído la inscripción? Pero a todo esto ¿está Vd. vivo?

— Me parece que no estoy muerto.

— En verdad ¿no es Vd. un muerto?

— Bueno, si a Vd. se le antoja será así.

— ¿Ha muerto hace poco?

Como no tolero impertinencias — Vea joven, le dije, déjese Vd. de estupideces y responda a mi pregunta: ¿quién vive aquí?

— Con existencia transitoria, ninguno.

— Entonces hágame Vd. el servicio de llamar al dueño de casa.

Hizo una reverencia y partió al través de grandes espacios nocturnos.

Instantes después se presentaba un cumplido caballero.

Dispuesto a seguir la broma pregunté:

— ¿El señor es el diablo?

— Para servir a usted.

— Gracias... Pero en verdad ¿es Vd. el diablo?

— Paréceme caballero que no le ha dado motivos para dudar de mi palabra. (Y la gravedad con que lo dijo me hizo comprender que era persona delicada.)

— ¿Motivos? En la Tierra...

— Ah, comprendo... El señor es de la Tierra? Ya no extraño sus dudas. Allá me tienen en muy mala opinión. No me conocen...

— Con qué, no?

— Nunca estuve en ella.

— No? ¿Y el santo diluvio de Jehová? Preciso fué ese santo diluvio para regenerar la obra de Dios que Vd. había maleado. (En la cara del diablo pintóse extraordinario asombro. Al reponerse dijo:)

— Los poetas tienen el derecho de rimar despropósitos. Sin duda su Jehová, a quien no conozco, debe ser uno de ellos. Nada he maleado en la Tierra y si lo hubiera hecho, la voluntad de Dios no

hubiese tenido necesidad de destruir. Le bastaba *querer*, para que todo estuviese al punto en su punto.

— Estas cosas no las creen allá arriba, en la Tierra.

— Yo, observó el diablo, hago falta a ciertas gentes. Para hacer tragar los brevajes son menester las enfermedades. ¿ Yo enemigo de Dios, yo, su humilde auxiliar ? Entienda Vd. que si me porto mal me despide.

Observé que marchábamos por una senda iluminada y se me ocurrió averiguar :

— Y la Estigia ? Otro cuento ?

— Nada de eso. La hemos rellenado. Daba malos olores. Además, el viejo Caronte hacía negocios sucios y se emborrachaba.

Ibamos andando cuando un rumor de voces llamó mi atención.

— Parece que se discute, dije.

— Cierto. Es en el Superior Tribunal de Justicia.

Véalo, y abriendo la puerta puso ante mis ojos magnífica sala, en la cual hasta cuarenta togados y varios fotógrafos con sus correspondientes aparatos, presenciaban el enjuiciamiento de un reo. En ese momento el fiscal vociferaba : — Pido, señor, que se aplique el máximum de la pena !

En seguida habló el defensor y con envidiables pulmones hizo una de las más famosas defensas oídas en aquellos lugares (pude notar que nuestra presencia lo alentaba) casi la apología del criminal, lo propio que ocurre en otras partes. Terminado el discurso bebióse un vaso de agua, y, previa de-

liberación, el Tribunal condenó al pecador a dos años de suplicios forzados.

— Cómo ? Suplicios de dos años en el infierno ?

— Desde dos hasta mil quinientos.

— Pero Dante...

— Ah, sí. Un italiano a quien pronto veremos. El asegura otra cosa. Afirma la eternidad de las penas, y creyó ver a los primitivos hombres del globo terrestre en el tormento. No mintió. Lo acompañaba, como Vd. sabe, Virgilio, y entre el latín del último y el latín del primero mediaban algunas generaciones, las suficientes para trastornar cualquier idioma.

No se entendían. Virgilio decía una cosa y Dante interpretaba otra. De gusto haré ver a Vd. el Cid Campeador y verá Vd. como no le entiende Vd. jota de castellano antiguo.

— Noto que los tribunales de aquí se parecen demasiado a otros que no cito.

— La justicia, señor, se distribuye rápidamente (no hay honorarios) y se aplica según las pruebas. Si admitimos el derecho de defensa, lo hacemos sólo en atención a las costumbres que traen los reos de casi todos los planetas.

Mientras hablábamos llegamos a la región de los suplicios, vasta llanura iluminada a luz eléctrica.

— ¿ Mentira lo de los tachos de pez y lo de los sepulcros de hielo ?

— Tampoco en esto mintió Dante. Pero con las hogueras de antaño, los tachos de pez y otros procedimientos retrógrados, la grita era enorme, el espectáculo nada estético y además... se me quemaban los diablos.

Pero, ¿ no desearía Vd. departir con algún pensionista? Allá distingo a Dante, aquél, todo de colorado. Pronto nos dejará. ¿ Gusta hablarle?

— Prefiero un papa. ¿ Los hay en el catálogo?

— Ah, sí...

— Podría ver alguno?

— Sí señor.

Ni gritos, ni órdenes. Sonó un timbre eléctrico y al rato estaba yo en conversación con el varón ilustre cuya condena iba en breve a cesar.

Al terminar le pregunté la causa de su reclusión, y él con su gran franqueza italiana se apresuró a decirme:

— Por nada... Por el *Sillabus*, hijo.

EL SECRETO DE JUAN FLORES

En veinte leguas a la redonda no existía vecino que no hubiese soñado con Juan Flores. Las mujeres en cinta temían este mal sueño, y eso que Juan Flores, aunque jefe de bandoleros, era el amigo de las criaturas y más de una vez se le había visto subir en ancas a cualquier desarrapado gauchito, aligerarle el camino y dejarlo frente a la pulpería, donde el vigilante « se hacía el zonzo » para no tener que pelear con el terror del pago.

Esa círcunstancia del amor a los niños, en tal naturaleza, no escapaba al paisanaje, y menos desde el día en que Tiburcio Luna, el payador, cantando en una fiesta muy concurrida la barbarie de los matreros, al finalizar patentizó el contrasentido en dos versos :

En el fierro de una lanza
se ha dormido una paloma.

***

Exteriormente nada tenía de terrible Juan Flores : manos finas y blancas ; ojos garzos, de mirar bondadoso y hasta pensativo. Frisaba en los treinta años. Su voz era dulce y cuando pasaba al trote

por los caminos solitarios cantando algún « triste », los pajaritos torcían la cabeza para escucharlo.

Pero desgraciadamente sus hechos no coincidían con su exterior. Grande era su fama y tan siniestra como grande. Melenudos matreros, algunos como Martín, más conocido por « el trigueño de la Blanqueada », asesino y ladrón de una familia de italianos, degollador de un turco y matador de un subcomisario, lo reconocían por jefe ; y si él echaba el ojo a una tropa de carretas, así fuesen custodiadas por un piquete, lo acompañaban y desvalijaban los pesados vehículos, con disciplina tal, que el despojo más bien parecía maniobra guerrera.

La banda olía a sangre y al dejar el monte iba seguida de gavilanes.

Ni uno sólo de los compañeros de Juan Flores podía enorgullecerse de la integridad de su persona. Uno mostraba seis cicatrices de lanza y carabina, como otras zanjas y cavernas ; un segundo rengueaba por efecto de « un plomo », un tercero era manco ; el más presentable ostentaba en la mejilla derecha, profundo « chirlo », y un hachazo que, en curiosa diagonal, le rajara el cuero cabelludo.

Habitaban en el monte. No trataré de describir los retorcidos ceibos de flores pulposas,sangrientas; los aromáticos espinillos, la zarzamora de mil uñas, los altos lapachos, más viejos que la conquista de los españoles, el férreo urunday o el palo rosa, o el molle, o el primor de helechos, palmas, y laureles.

Necesitaría sensibilidad maravillosa quien pretendiera reflejar los juegos de luz en los follajes ; los incendios de las auroras ; la intrincada

geometría de las ramas; las actitudes, gestos y simulacros de los gigantes de las riberas; el alma grave, agresiva, de un mundo inaccesible al extraño.

***

Era el otoño: el morir de las hojas, el lamentarse de las aguas, la despedida de las flores. En el cubil de los bandidos, resguardado en el amistoso seno de la arboleda, algo de inusitado debía ocurrir, cuando los tales extremaban el silencio y al acercarse se interrogaban con los ojos.

Dos de ellos, sentados en un tronco, estaban absortos, con la vista clavada en el suelo.

Al cabo de un rato, el más caviloso bostezó un ¡Jesús!... de cansancio.

Y el otro:

— ¡Pucha que vida! ¡No contar con naide!

Por más que no todos los crímenes cometidos en los últimos años correspondieran a la gavilla, las gentes se los imputaban sin excepción.

¿Se perdía una vaca? — Han de ser no más los de Juan Flores...

¿Reventaba un perro? — Alguno de la gavilla ha de ser.

En los «hechos humanos» lo que ofrecían de conjetural tales respuestas se transformaba en rotunda afirmativa.

— Hermano Joaquín, vení un poco.

A esta voz, el bandolero del suspiro se levantó y penetró en el ranchejo.

Dentro de éste, el olor a fiebre volteaba. Tres de los miembros de la gavilla, hinchados como cadá-

veres por la viruela, se debatían tendidos en el suelo, en mitad de la habitación. Deliraban, arrancándose « lonjas de cuero », al decir del negro Carrión. Uno de estos infelices — que lo eran en semejante estado por más alejados que estuvieran de toda luz moral — hombre vejancón se quejaba como un niñito enfermo. — ¡ Mamita, mamita, que me muero !

La voz que había llamado dijo :

— Sentate.

El del suspiro obedeció.

— Hermano — prosiguió la voz — esto se acaba.

— ¡ Qué se ha de acabar ! Hermano Flores, no se diga...

— Es el fin. Entre ser estropeado por el arado del tiempo en el surco de la vida, y esto, me quedo con esto. ¿ Cuántos quedan de la bandada ?

— Yo, el negro Carrión y « Gaviota ».

— ¿ Y los demás ?

— Ganaron pal otro lao del río.

— Son hombres. Hay que tenerles lástima. Es dura la vida ¿verdad?

— Verdá.

— Güeno. ¿ Sos capaz de guardar un secreto ?

— Decí...

— ¿ Sabés por qué me separé de la estancia del inglés y me vine con ustedes ?

— Por algo había de ser.

— Escuchá. Conocés a Rosita, la hija del inglés ? Güeno... yo tuve un hijo con ella.

Joaquín pensó que su jefe deliraba y no queriendo contrariarlo se limitó a su frase favorita :

— ¿ Y de ahí ?

— Yo la quería de alma. Yo estaba habilitao en la estancia; era capataz, andaba en mis diez y ocho años. Pa mi desgracia la muchacha jué fácil. El inglés me puso la mano y sino lo maté jué porque yo no tenía razón. Vos creerás que estoy loco, pero es tan cierto como que estamos aquí, mano a mano. Y si te hago esta confianza es pa pedirte lo que no quería pedir ni a vos que sos mi mejor amigo.

— Decí...

— Güeno: ensillás el zaino, te vas de un galope a la estancia y le decís á míster Jorge: Vengo de parte de Juan Flores, que está muy malo. Le pide que si usted es hombre de corazón y sabe perdonar, lo perdone. Que considere el trance, y que si quiere hacerle un favor, por todo el mal que ha recibido, le mande a Ricardito... pa darle un beso.

UN FRACASADO

Federico Núñez era un misterio para sus relaciones. No se le conocían vínculos de sangre ni un amigo de intimidad. Debía haber en su existencia algún lejano derrumbamiento de mundos. Su cabeza cesárea daba a entender que esperaba un imperio o que lo había perdido.

Cierta noche, en un debate sobre el genio y los personajes simbólicos, pasmó a sus conocidos con una andanada de frases y se marchó sin esperar réplica.

— Váyanse ustedes al diablo, dijo, con sus creadores de fantasmas. La vida, con su vulgaridad haría imposibles Sigismundos y Quijotes. La admiración a que ellos nos obligan prueba su imposibilidad. Ver — poseer con un sentido — es ya despreciar. ¿ Poesía de las cosas, bondad de los reformadores ? Fantasías, palabras... Me hace reir Nietzsche con su superhombre, tanto como un gusano que se pusiese a disertar del supergusano. Los guerreros dormidos junto a sus lanzas de bronce, bajo el palacio de Servio, en un sueño de quinientas décadas, no diferían de nosotros. Eran nosotros quinientas décadas atrás. ¿El genio? ¡Tonta palabreja ! El genio se reduce a una sensibilidad exquisita. Sin eso, el cerebro recibe incomprensi-

bles telegramas cifrados. Ella aisla los datos, prestándoles formas y nitidez. De otro modo, ante una esfera sideral, el poeta permanecería tan frío como un soldado inglés. La araña con sus patas alerta vale por cien genios dormidos.

¡ Pobre Núñez ! Muchos lo suponían « tocado ».

Luis Bemb, candidato a personaje, mediocrizado por un poco de filosofía de Spencer no comprendida, solía decir : — Es un « raté », lo más semejante que conozco a una solterona ; y hay razón para su fracaso. ¡ Miren que comparar el espacio con una vaca y llamarle a Hugo manejatruenos !

Julio Viñas no era tan malo y opinaba que Federico sería una gran cosa, con un adarme de ironía — Pero el pobre ignora, murmuraba, ese divino privilegio de las abejas y de los rosales. Además... no es hombre para alcanzar favores de ministros a lo madama Angot. Ni para esclavizar su inteligencia, ni para aterrar con la amenaza de su garra, en un planeta en que la supervivencia se opera a pura garra o a puro servilismo.

***

¿ Cómo fué el darse Federico a la bebida ?

Luis Bemb, en el círculo de sus compañeros, moralizaba alargando la diestra : — Uno puede beber, pero no perder la vergüenza hasta degenerar en atorrante. Beber es de hombres y aun de reyes. Nadie se indigna porque un banquero o un millonario se achispe, sabiendo mantener su decoro...

***

Aquella tarde, Federico estaba perdidamente borracho, a la sombra de un cicutal, únicas matas del paraje, pues lo demás lo ocupaban las grandes piedras pizarrosas de la cantera. Su cuerpo yacía en ese total abandono que cobran todos los borrachos del mundo al perder el centro de gravedad. Un benteveo que pasaba se detuvo para mirarlo de cerca; unas hormigas, tras ceremonioso deliberar, resolvieron dejar tranquilo al obstáculo y utilizarlo como puente. Era domingo; la peonada no había ido a la cantera y las rocas reposaban también, ebrias de sol y de silencio.

En los otros días el mozo pernoctaba en los tupidos cañaverales y en las siestas echábase a lo largo de los ribazos, cuyas flores, aves y aguas le parecían creadas para él. Más de un nenúfar levantaba su cáliz y le enviaba su sonrisa; las pavas de monte, ni pizca de miedo que le tenían. En los días de fiesta, plagas de cazadores se apoderaban de sus dominios, sembrando la muerte en los follajes, y él, con su testa cesárea, íbase en busca de otro imperio.

***

La noche venía desde Oriente. A ras del suelo sacudía los árboles el viento. Tres hombres marchaban delante de la noche. Uno llevaba un hacha. El agua del cielo se pulverizaba sobre los campos. Cuando los tres llegaron a los cañaverales un septicolores salió volando de en medio de las húmedas sombras; un titiribí dejó oir su queja de pajarito

bueno. Estos débiles anuncios fueron seguidos de una descarga de golpes. Se oyó, entre injurias, caer un cuerpo, y al recobrar su quietud la noche, tres sombras huían cortando campo.

* * *

Federico no sabía si soñaba. Ante sus ojos flotaban banderas; pasaban volando las granadas, reventando en los aires como gigantes flores rojas; los hombres semejaban rebaños; corría una legión y al pisar una cumbre quedaba exterminada; los sobrevivientes se sentaban en la tierra ardiente; al rato, otras legiones. Tronaba el espacio como en día de truenos. Y el campo ilimitado era una tremenda derrota.

LA MORAL DE MI ALDEA

Diógenes hubiera pasado ratos muy malos en mi aldea. En el fondo, toda filosofía es tristeza y asomarse a los abismos se parece un poco a entregarse al mar en barca sin velas; y las gentes de mi lugarejo, en este sentir despreocupadas, todo podían hacer excepto ensombrecer sus días con amarguras intelectuales. En cierta ocasión en que alguien tuvo el mal gusto de afirmar que allí no se pensaba, el periódico local, poniéndolo previamente « de oro y azul », le probó que en cambio se procedía, y que siendo la acción el pensamiento de los impulsos, ellos, los aldeanos, pensaban a su modo.

En el capítulo del saber, sabían lo necesario para su ambiente. ¿ Ignoraban, por ventura, las historias de Proserpina ó Helios ? No olvidaban ni el primer *sport* de su primer carrera, y al citar una fecha comprendida entre 0 y 36, la citaban añadiendo un correspondiente color : « colorado » o « negro. »

Aquella noche en el « Nuevo Club » irradiaba más que la claridad de sus focos, la alegría de sus habituales. Alrededor de la mesa en que tallaba don Palemón, el derrotado candidato a la presidencia, cuarenta ojos ganaban y perdían a la « mayor » y a la « menor », con igual temperatura que los cua-

tro mantenedores. En la de la derecha, no iba en zaga a la del candidato la partida, y cuando Enrique Volcánico, coautor de la terrible ley contra el juego, juntando ruidosamente las fichas, gritó: ¡Va el resto! al desafío que acababa de hacerle el juez Daza, los grandes retratos suspendidos en las paredes parecieron emocionarse y el interés de la sala se volcó sobre la mesa.

Allí se ve, todo ojos, un plastrón verde, prometido de la hija mayor del millonario Jine, por mal nombre «Asno de Oro,» importador de espejos y prestamista distinguido; y a D. Manfredo Tenacci, que inmortalizó sus blancas polainas poniendo tres veces bola negra a D. Agapito Tabacal, cuando este Creso jactancioso —llegado de lanchero a Creso — llevaba hasta el soborno su manía de aspirante a socio del Club. Quiénes más? Pérez y Pérez Pérez, el patriota de los discursos « embanderados », y al lado de éste y tan absorta como él, una barbita puntiaguda, perteneciente al secretario de legación que dijo: Al ver desocupadas dos sillas, una frente a la otra, se me ocurre una conferencia entre diplomáticos; y, ajenos a sí propios, dos abogadillos de ignorado nombre, tal cual médico, varios galones y presillas y, asomando la cabeza por sobre los demás, semejante al alto mástil de un buque, cierto « marino de lanceros », según la envenenada definición de un tarabilla local.

¿ Verdad que los hombres no carecen de originalidad? Nadie se parece a nadie. En el gran concierto de la vida, cada individuo da su nota. A menos, añade un filósofo desconocido, de encon-

trar al mismo tiempo varios hombres un billete de mil pesos perdido en la vía pública.

* * *

Cuando Volcánico hubo cantado color y el otro apenas un sórdido par de ases, los resortes de la atención se aflojaron y, como se deshoja una rosa en el viento, tal pasó con los absortos momentos antes.

Sólo uno quedó: el importador de espejos, firme, junto al perdedor, fijos los ojos en la pluma que volaba sobre el campo de un cheque. Y así que Daza hubo firmado y hecho entrega del valor de doce mil pesos, se lo llevó afuera, a los corredores, desde donde podía admirarse el estrellado esplendor de una noche primaveral.

— ¡ Qué burrada has hecho muchacho ! — articuló el viejo entre hipos: — ¡ Un año de sueldo ! Si siquiera tuvieses un juzgado de comercio o de lo civil...

— Mire, mi suegro, la cosa no es para afligirse.

— ¡ Qué cabeza !

— ¿ Pero no comprende, viejo ?

— Lo único que comprendo es que pierdes el pan de tus hijos.

— ¡ La ! ¡ la ! ¡ la ! No ponga esa cara, no haga esos gestos. ¿ No ve que no tengo depósito en el Banco ?

— Pero ese cheque ?

— Ese cheque ? Nulo como un papel en blanco.

— ¡ Ah, entonces, hijo, menos mal !

FLOR ROMÁNTICA

Por medio del campo, en el tiempo de las flores fabulosas, caminaban los dos amigos, bajo la iluminación de los astros enormes.

Tomás era un muchacho serio. Acababa de cumplir dieciocho años. El mundo se presentaba a su mente grande, y heróico. La vida, esa gran deformadora, no había señalado ni su rostro ni su alma. Aspiraba a ser hombre para realizar un destino extraordinario. No sabía cuál. Presentía cumbres. Ya no deseaba soñar entre las amapolas. Ahora pensaba que si aún existieran leones de Nemea, él los atacaría al modo heracleo. Había visto la luna dorar las nubes negras; ponerles en los bordes orlas de oro. ¿ No sueñan, al menos una vez, los hombres, con espada o con ideal, dorar la oscuridad de las multitudes ? Podía, si lo deseaba, adormecerse en los trigales : el álamo le enviaría su sombra ; su canto las aves. O bien, perderse en las playas, donde florecen como estrellas las cucurbitáceas. Amaba el Océano en la hora del sol recién nacido. Lo amaba, cuando, titán tronador, arroja su escupida a los pueblos de barcos. El viejo mar lo atraía y a no ser por la atracción humana, cómo quisiera oir sin cesar sus salvajes gritos !

— Tomás, dijo de pronto Inocencio Vera, he

hecho mal en no revelarte un secreto que llevo aquí... y señaló el sitio del pecho en que suponía guardarlo.

— Y ella ¿ qué dice ?

— Ah ! sabes ?

— Sospecho...

En ese instante voló una perdiz bajo los pies de los amigos.

Al separarse, Tomás dirigióse hacia el lejano arroyo, tarareando, sin entregar al viento la estrofa que rutilaba en su fantasía :

Cuando veo lucir una estrella,
Lejana, lejana...
Me parece de mi más cercana
Que ella !

* * *

Ante el fuego del sol los arados roturaban la tierra extendida sin término bajo el redondo horizonte. Se iba entregando, mansamente, la virgen, a la brutal caricia del hierro y anchas y negras heridas, los surcos aprestábanse a recibir el germen de la subsistencia de las Razas.

A un lado y otro de los arados caían dos olas de tierra morena. Qué de catástrofes en cada paso de avance ! Cuánto ser pequeñito, cuánto hogar de gusano, escondrijo de sierpes o ciudad de hormigas, populosa, puestos a la luz del cielo por el desastre ! Sudorosos iban los hombres azuzando a los bueyes de manchada piel, y los mansos y fieles auxiliares del hombre seguían en la tarea del

surco, con sus ojos profundos clavados en invisibles visiones.

Gea iba al fin a pagar su tributo al esperado. Citeres soltaba su banda de golondrinas en pos de los conquistadores.

Tomás y su amigo contemplaban la victoria del esfuerzo, sentados bajo un ombú de raíces como muslos de titanes, a punto de parecer que allí peleaban, revolcándose por los suelos los rudos rivales de los dioses.

Todo aquel campo, hasta más allá de donde iba la vista fatigada, pertenecía a una viejecita, parienta de Tomás, de quien era él único heredero.

— Te acuerdas, empezó éste, de nuestra infancia? Juntos trepábamos a los mismos árboles; juntos recorríamos la misma playa; juntos hacíamos burla de aquel viejo de sombrero de copa, morador de un ranchejo bajo los altos pinos y cuyo capital era un cabrón al que llevaban sus cabras las gallegas... Juntos, seguimos después las aventuras de D. Quijote y de d'Artagnan... Hoy... ¿ Pero amas, de veras, a Alejandra, la hija del juez de paz, que juntos conocimos en la fiesta de las trillas?

Inocencio palideció. A lo lejos dejóse oir el son melancólico de una flauta. Los dos amigos pensaron inmediatamente en Juan el vasco que vagaba loco por los caminos tocando aires de sus montañas.

— La amo... pero soy tan pobre y tan tímido... dijo de pronto Vera.

— Tonto! No conoces a la mujer. Ella sabe cuando se la quiere verdaderamente y no resiste a la constancia del hombre apasionado. ¿ No se rindió

Paulina, la de Agarrete, aquella morocha como el trigo, al gringo Bautista, todo lleno de pecas coloradas, sólo porque él la quería como un animal?

Y él no tenía más que la yunta y el arado y los cinco dedos para jugar a la murra. Y ella era rica. Si no, ¿con qué compró el molino el gringo?

— Juzgas mal a las mujeres, Tomás.

— Bueno, dejemos esto para mañana.

* * *

Caía la tarde.

Alejandra y el tímido Inocencio, caminaban silenciosos a lo largo de los cañaverales. A su paso inclinaban sus penachos sedosos las cañas de Castilla.

Viendo tan abismados al joven y a la joven:

— ¿Y a esto venían? parecía interrogar una vieja caña nudosa, y una cañita nueva parecía responderle:

— ¿Y a qué más?

Un lagarto al ver aquellas personas dejó de beber los postreros rayos de sol.

— ¿No me responde, Alejandra?

— Eso depende de que me diga por qué se mató su amigo.

— Acaso lo sé?

— No me lo oculte... Estoy segura de que se mató por mí.

— Segura?

— Sí, segura! Y se lanzó al camino, fugitiva, como una avecilla por los surcos. Frente a ella fulguraba Venus. Y al mozo le pareció que su amada se encaminaba hacia la estrella.

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

Venancio Aguirre venía de una región enteramente desprovista de progresos.

Libres vegetaban allá los árboles; los toros tomaban por donde les placía. Acostumbrado al armonioso desorden de la naturaleza, al ejemplo de los pájaros, balanceándose en las más empinadas copas, al correr del agua por los cauces que ella misma se labra, su sorpresa resultó desconcertadora al bajar del tren y penetrar de sopetón en el mundo febril y desconocido de la gran metrópoli, con sus calles rectilíneas. sus rectilíneas hiladas de árboles, sus postes y gentes rectilíneas. Este imperio de la línea recta se le hacía visible hasta horizontalmente, en los alambres y cables, en lo alto; y en lo bajo, en los brillantes rieles que esclavizan a los gigantes de la locomoción.

¡Qué distinto de su Neuquén! Lo asaltaba el contraste como un bandido. La soledad, los bosques de manzanos, con sus brazos desnudos — el contraste había elegido un paisaje de invierno — la nevera del Andes, los riscos inmóviles, a éste y aquel lado de una garganta tajada por el hacha de los cataclismos. Venía a ver un ministro — no sabía cual—a su entender al de la guerra, por cierta concesión de tierras hecha a su finado padre,

uno de los coroneles que conquistaron aquellos desiertos y avanzaron la frontera — raya de luz y sangre — en lucha con el indio, el hambre, la sed, el trueno y el rayo. Porque ahora se presentaban a desalojarlo, como a intruso, alegando mejores derechos, varios ingleses flacos, dentudos, de gorrita y trajes a cuadros, y también los socios del « Comité Partenopeo ». Pediría se le tratase, por lo menos, como a los colonos del Chubut. Sus referencias eran que a estos aventureros del trabajo se les regalaron mil leguas de territorio donde vivían independientes, y, confortado allá en el fondo de su Neuquén por estas versiones, deformadas y esparcidas por Eloy Garay, el correo, había tomado el partido de llegar hasta los primeros hombres de la nación, pasando cual era de práctica en el ejército en los tiempos de su padre, a través de todas las inferiores jerarquías, como quien antes de llegar al gran río Negro debe cruzar innumerables médanos y aguazales.

Bajo esta arraigada decisión, ya en la gran ciudad, acercóse al primer símbolo de autoridad con quien le fué dado encontrarse y empezaba a exponerle su deseo, cuando el acaso hizo que el vigilante tucumano divisara dos pilletes entregados al juego de los cobres y fuera hacia ellos, perdiéndose luego, calle arriba, en un abrir y cerrar de ojos, las tres siluetas, en briosa carrera maratónica.

Nuestro hombre echó a andar nuevamente hasta que dió con otro símbolo. Era éste un cabo retacón, semejante por su color a un sapo muerto y expuesto durante dos meses a los rayos solares, déspota en el mirar, y que pensaba con su voza-

trón — que le valiera hasta allí sesenta y dos arrestos — prestar a su persona la majestad que la naturaleza y su mamita le escatimaran.

Escuchó, pues, el chinote con formalidad despreciativa al hombre silvestre y acabó por ordenarle :

— Váyase a dormir. Su estado no es para andar amolando a la autoridad, sepa !

— ¿ Qué ?...

— Que se va a dormir, o lo hago marchar a la « polecía ».

— ¿ Marchar ?...

— ¡ Dése preso, ejo ! — y el sapo asoleado hizo ademán de sacar el machete.

— ¡ Toma preso ! — y de un sopapo la áspera realidad dió con el símbolo en las piedras. Lo cual no obstó para que en un instante numerosos símbolos descargasen una tunda feroz sobre la realidad que, magullada y sujeta, hizo su entrada en los dominios de los poderes constituídos y meditó junto a un ebrio hasta que, a eso de la media noche, una voz gritó desde el patio iluminado patibulariamente :

— Saquen ese hombre del calabozo y « traiganlón ».

Era la voz del sargento.

— Por aquí, dijo éste.

— Por aquí, repitió otro y la realidad fué introducida a una pieza tan clara como el día. A lo menos esa fué la impresión de Venancio Aguirre, tras seis horas de calabozo.

Las personas ante quienes estaba ofrecían el aspecto tranquilizador de no ostentar armas. Cier-

to que algunas lo miraron desdeñosamente, modo como a veces se exterioriza el principio de autoridad. Pero apresurémonos a advertir que de las diez allí presentes, apenas cuatro lo encarnaban. Las otras seis eran artículo de exportación: un anarquista, dos rateros, tres captens. El primero permanecía mudo, fosco, las manos en los bolsillos del pantalón. En cuanto a los tres últimos, estos distinguidos traficantes se quejaban de algún error de la policía y deslumbraban al escribiente pasándole ante los ojos sus anillos con brillantes tamaños como nueces.

Uno de los jóvenes abrió un libro, escupió e interrogó al hombre silvestre:

— ¿ Su nombre, che ?

— Venancio Aguirre, pa servir a usted. Y si me permite, diga mozo ¿ a qué santo me lo pregunta ?

— Se lo pregunto porque se le procesa por ebriedad, escándalo, desacato, portación de armas y agresión a la autoridad.

El neuquenense, que había contado sus delitos con los dedos, no salía de su asombro.

El mocito llamó a un vigilante y le preguntó:

— ¿ Qué arma portaba este individuo ?

— Daga, señor.

Iba Aguirre a explicar lo de la daga, cuando entró un caballero ante quien los mocitos quedaron mudos.

Era el subcomisario y quiso enterarse de por qué estaba allí aquel hombre cuyo iris verdoso diríase saturado del color de los pastizales.

El preso comprendió que su causa dependía de

aquel señor, tal vez un jefe, quién sabe si un ministro, y seleccionando sus mejores palabras y sus más floridas comparaciones — que en todo gaucho existe un literato en embrión — explicó sus cosas. Ya iba a ser ordenada su soltura, y lo fuera, a no aparecerse un nuevo personaje para quien el subcomisario tuvo elegantes genuflexiones.

— ¡ Señor jefe ! — oyó Aguirre, y pensando que tal vez se tratara del mismísimo ministro de la guerra, hízole también un saludo y casi le dió la mano.

Lo del vulgo, de que las desgracias no vienen solas, suele ocurrir de igual modo con la suerte. Se dan rachas, dicen los jugadores, y realmente nuestro gaucho estaba en la suya, pues el personaje, el jefe de policía, nada menos, mostró interés en informarse del porqué de su presencia en aquel sitio. ¡ Qué gran señor ! pensaba el morador del Neuquén, y más cuando el otro se ofreció a presentarlo al ministro de agricultura, cosa realizada al día siguiente. Aquí el áspero principio de autoridad, ya despojado de sus formas externas, hizo evocar al hombre de los campos uno de sus viajes : tres días de nieve y gemidos del viento en la cordillera. Dos días más de aguaceros ; luego, un sol rajante, una noche de luna y, finalmente, al aproximarse a sus pagos, un amanecer portentoso, mientras la brisa le peinaba la barba.

Lo formidable fué cuando el ministro le anunció su propósito de presentarlo al jefe del Estado, al hombre que mandaba las policías, el ejército, las naves de guerras, el país, en fin.

Su concepto de este magistrado se fundaba en la impresión que le produjera cierta litografía con-

templada en su lejano Neuquén, en la «Pulpería de la Sierra» El grande hombre ostentaba en el pecho una banda con los colores de la bandera y el escudo de la nación. Así esperaba verlo ahora, cual desprendido del cuadro. Y como no sabía de otros reinos y repúblicas que no fueran su país, Chile y el Chubut, no es de figurarse su mirada de súplica al ministro para que le evitase tal paso. De suerte que entró tembloroso al despacho de S. E. y cuando el ministro lo hubo presentado como un «pioneer del progreso» sintió írsele valor y color, y al tenderle su diestra el presidente, apenas si tuvo fuerza para estrecharla entre la suya, rústica y grande. ¡Oh, la suave mano, que él esperaba de acero, como la llanta de los carros andinos! ¡Y el calor de aquella mano acompañado de elogios casi acariciantes, de preguntas llenas de interés por el lejano desierto, de atención a lo poco que a él se le ocurría de unas tierras en las cuales podían caber millones de criaturas humanas, de aquellos bosques primitivos y agudas sierras siempre blancas!

Al salir Venancio Aguirre del palacio, sintió unas ganas bárbaras de dar un viva a S. E. Pero se contuvo, al ver a pocos pasos el casco de un pequeño símbolo.

VUELTA AL PAGANISMO

I

Alma candorosa, gustaba Gracián de las sombras del templo en la hora del rosado crepúsculo, y de leer a Virgilio, paseándose bajo los cipreses. Bajo los tranquilos cipreses, más de una vez, alta la cabeza, recitara:

El ciprés, fino, verde, oscuro,
Su silueta yergue espectral:
Está pidiendo un viejo muro
En un paisaje sepulcral.

Poeta bucólico, un tanto mordaz, su ánima enferma necesitaba esparcimientos. Su itálica mano, hecha a combinar líneas y colores, dióle ocasión para ensayar un poco de sociabilidad y a tal propósito abrió un tallercito de pintura donde pudiera enseñar dibujo a las muchachas de las Colinas; dibujo y también algo de perspectiva y pintura. Sus fantasías pictóricas no pasaban de pájaros, de un vivo color azul, y flores de tres a seis pétalos. Dibujaba igualmente hojas, recargándolas de un tan claro y uniforme verde, que más que de hojas daban la ilusión de una tela. En el tallercito reinaban luz y

serenidad, mientras no «cayó» por allí la más aristofanesca de las ancianas.

—Vengo, le dijo, padre Gracián, en la convicción de que Vd. es un santo, a pedirle le dé unas leccioncitas a mi hija Beatriz; pero no a las horas en que vienen todas esas gauchitas.... Beatriz no se trata con ellas.

—Señora, repuso el clérigo, en quien el nombre de la muchacha suscitara reminisencias dantescas, es ofender a Dios ir contra la igualdad y yo no podría hacerlo, tanto más que no cobro... Vd. señora, podrá ser muy distinguida....

—Distinguida? interrumpío la Vejez. Ya lo creo! Vd. no me conoce, pues sólo hace dos meses está Vd. en el país y yo hace vienticinco años que he vuelto de los Cerros Azules; pero Vd. conoce a mis niñas, las de Barcovecchio; y a mi esposo, la honradez en persona, Bartolo Barcovecchio. Beatriz estudia por afición la confección de sombreros, en lo de madama Carretel...

—Tanto gusto, señora... ya sé por su marido que es Vd. la dama distinguida por excelencia en la localidad, donde todavía no trato a nadie.

—Nos tratará a «nosotras». Sería lástima que una persona de su talento... un artista... un poeta... no disfrutara las ventajas de la sociedad. Vd. vendrá a casa y desde ya lo comprometo a un paseo campestre. Lo llevaremos; nos honraremos en llevarlo en nuestra compañía.

El buen Gracián tranzó por hacerles una visita. La vieja hizo una reverencia y se fué.

II

El pobre místico quedó pensativo. ¡Ah, si alguien le hubiese revelado que Barcovecchio, el ex lavavasos del «Bar de la Cosecha», el Menelao de las Colinas, sacaba de sus tres hijas lo que en términos locales se denominaba «un respetable *sport*», no se encontraran, de seguro, solos él y Beatriz en la penumbra, vagamente alumbrados por una hermosa luna de enero; en la noche ensalmada por el perfume afrodisíaco de heliotropos y magnolias de blancura fantástica. Porque el papá, «casualmente», no estaba en casa y mamá andaba arreglándose y vendría al momento, al momento. Momento que duró sin embargo media hora, entre suspiros, silencios y perfumes afrodisíacos. Pero ¿que diantre de aroma, preguntábase Gracián, se habrá puesto esta «signorina»?

Su candor lo salvó por aquella vez, y cuando entró la vieja con su peluca de jovencita y estucado rostro, asombrada de que «esta niña» tuviera las visitas a oscuras y encendió luz, sintióse desmayar al ver que la ninfa, con sus encajes, volados, cintas, carnes y sedas y, más que todo, con su joyante cabellera rubia, superaba en belleza a cuanto él se imaginara. Y esa fué su primera caída, la caída mental del lector de Virgilio, que esa noche recitó en latín odas de Horacio, que ellas creyeron italiano culto y pulido. El paseo quedó resuelto para el domingo inmediato. Debía ser para el buen Gracián, admirador de la naturaleza, algo soberbio.

III

Una vez en la calle, erró sin rumbo, semejante a un loco extraviado. Las calles, desiertas. El astro de la noche iba cayendo al Occidente. Y allá lejos, muy lejos:

Los cipreses al rayo de la luna
Levantaban sus copas fastasmales.

Dónde ir? Fuése a orillas del mar; sentóse en la arena y el mar grave y gigante, vino como un perro a echarse a sus pies.

Habíase levantado viento. El viento rezaba en las zarzas, lloraba en los altos eucaliptos, voceaba en las rocas, quejábase en la playa. La lejana luna producía extraña sensación, como sí fuera a desprenderse del cielo. El ritmo de la vida diríase perturbado. Gracián que saludara al mar otras veces:

Sonante mar como un verso sonoro,

no oía en él sino risa, risa y relinchos. Se alejó de allí fastidiado,siguiendo una callejuela flanqueada de ruinosas casitas. Las casas muertas una a una, echaban en su alma pesada masa de sombra. Y así anduvo hasta que la Noche, vencida en el Oriente, se fué replegando y las avanzadas del día asaltaron mar, campos y huecos. Y entonces él, como regenerado y salvado por el triunfador Apolo, se encaminó a su iglesia en cuya torre quebrábanse mil flechas de oro, murmurando su pagana oración al día:

Viene delante de la aurora
La estrella matutina, tal
Como una juvenil pastora.

IV

En un gran «breack» iban las cuatro mujeres, el padre Gracián, Barcovecchio, con su aspecto de langosta seca, y un jovenzuelo, «un primo», cuya ninguna seriedad se notaba con sólo oirle pronunciar sa...cerdote. Hasta por los codos le brotaban palabras, impertinencias y mentiras. Conspicuo vástago de un alarife, encarnaba la nueva era social de modo admirable. ¿No había existido la era del Facón, la del Cuero, la del Trigo? Para él, nada de romanticismos estúpidos, de honradeces estériles. Su bachillerato habíalo alcanzado haciéndose rendir examen por un profesional en ese arte de nuevo cuño. Todo en este mundo se arregla con dinero, pensaba, reforzando su opinión con conocidos refranes. Corta es la vida y si con dinero puedo comprar un título de marqués, más que tonto sino lo hago con uno de médico.

Amanecía. Todo era rojo: sol, mar y nubes. Rojo sol en las aguas que pronto adquirieron un ligero tinte de perlas; rojo sol en el arenoso camino, que en breve se tornó en un puente de luz. Pasaron al borde de un pantano que en partes reflejaba el cielo, y que en parte ostentaba juncales y totoras, empenachadas cual caciques indianos; aquí, caraguatás de picada hoja, allá, cardenillo de fulgente verdor, engañosa esmeralda; allá, albas flores de loto y albísimas garzas.

Al remontar un repecho, Gracián pidió que el carruaje se detuviera unos minutos para contemplar el paisaje. El primo sonrió ante semejante inocentada y «ellas» lo imitaron. Tratábase de un altozano: una grande higuera; bajo la higuera, una cabra con sus cabritos, y más allá, un estornudador macho cabrío, amarillento, de barbas color plata azulada; más allá aún, plateados olivos, al borde de resquebrajado precipicio.

—Un pedacito de Judea, dijo Gracián, añadiendo: Da gusto viajar en esta forma. Con el tren, todo el paisaje se pierde. Después de lo cual, por entre el sol y el polvo dorado, volvió a arrancar al trote la yunta.

A uno y otro lado del camino gritaban los teros; cantaba en algún arbusto el sietecolores; volaban de tal cual maizal, chillando, cotorras ladronas, mientras cruzaban el aire urracas azules, en vuelo sereno. y se oía el feo arrullar de las torcazas, sordo y triste.

V

Al cabo divisóse el monte elegido para pasar el día y bajo sus ramas se comió y se bebió como en un idilio.

Los viejos aparte, para dejar, según decían, divertirse a la gente joven. Beatriz, tirada en los pastos, miraba maliciosamente a Gracián, el cual sentado sobre su pobre sotana, pensaba que también:

Grecia, flor de la tierra,
Poesía viviente,

y los campos latinos, presenciaran en antes escenas

idénticas. Solo con la ninfa, por que las otras dos andaban buscando nidos en los árboles, trepadas a ellos, mientras el primo las escudriñaba desde abajo,hubo momentos en los cuales su candor le enrojeció hasta la frente y tuvo que apelar a algún *pater*. Sin embargo, cuando la ninfa le pidió versos, no dejó de otorgárselos:

Paloma de la puñalada,
Carne de altar, boca de guinda;
Linda,
Linda y rosada
Como la alborada.

Y prosiguiera a no venir a ellos la antipática voz del primo, coreada por la carcajada,de las otras dos ninfas.

Fraile frailón, fraile chichón,
Vete a rezar a San Trifón;
Negro cuervo borrachín,
Chin chin, chin chin!
Dale tus hostias al marrano
Y hazlo tu hermano
Con tu mano.

—Pero, qué pasa? preguntó el torturado cura.
—Nada. Que están mamados, respondió la ninfa.

VI

La tarde venía cuando se dió la voz de regreso, pero el auriga,afirmó categoricamente que debían an-

dar media legua a pie y pasar la noche, si querían, en el ranchejo de doña Ignacia, por que los caballos se le habian «mandado mudar». En vano se exploró el horizonte. Caballos no se veían y cuando el despeado cochero dijo:— yo me quedo, la comitiva emprendió viaje guiada por Barcovecchio, conocedor de la casa hospitalaria, y entre broma y broma del primo.

Se pernoctó en el rancho, es decir, las mujeres adentro, los hombres al raso, tapados con lonas.

Despertaron ellos antes del día y Gracián invitólos al regocijo matinal. Cerca perfilábase el prodigioso panorama de la Rinconada, bajo la luz de la última estrella. El viejo opinaba que debían ir también las chicas, contra el parecer de Gracián de dejar descansar a «la familia», y cediera el viejo sin el favorable voto del primo.

Igual a un soplo corrieron las primeras horas y se aproximaron las del almuerzo. ¿Cómo resistir al ruego de «las niñas» para que almorzaran allí? Bajaron a la playa y esperaron a que el peoncito Andrés volviese con el coche del pueblo. Otro día de campo. Por la tarde, todos volvieron a la tranquila playa, corrieron por ella como cabras, se bañaron en las brillantes ondas, retozaron en las dunas, se tendieron al sol, se llamaron unos a otros para enseñarse nimios detalles playeros, y hasta se besaron y se abrazaron como en los idilios. Y he aquí, como en la poesía de los arenales, Gracián quedó de pronto convertido en verdadero discípulo de Horacio.

CONSEJOS QUE DIÓ D. BÁLSAMO A SU HIJO

Vas, hijo mío, a la conquista de la gran ciudad y preciso te es atender ahora los consejos de tu padre, porque si te basta para el camino los pollos asados que pusieron tus tías en las alforjas, te falta considerar el modo de conducirte entre gente, al no estar ya en el suelo de tu tierruca. Te diré, lo primero, cómo se formó tu padre. Dos libros fueron sus guías: uno, el que tanto te disgusta, la historia de *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno;* el otro, *Don Quijote* con cuya lectura alcancé a darme cuenta del error que se comete siguiendo el ejemplo de los locos. Del loco, nada hay que aprender. Del cuerdo, debe tomarse todo, menos la fantasía, que es la sirena de los antiguos. En moral y en conocimiento de los hombres, quien vale un Perú es Sancho. Fué el modelo de mi vida y ojalá lo sea de la tuya, pero sin aquella parte de entusiasmo que malogró todas sus virtudes. Por algún lado siéntese uno emparentado con el fiel escudero. De España debieron venir a estos países, cuando la conquista, deudos de Panza, y así tú y yo bien podemos ser de su estirpe. En cuanto a Bertoldo, el Sancho italiano, mucho de él veo en nuestra familia y principalmente: fealdad, discreción y prontitud de inteligencia. Te quejas de tu físico y haces mal, porque

un cuerpo hermoso se envanece y pasa con facilidad a la pesca de amorios que requiere afeites y dinero; mientras que así, te tendrán por persona de templados instintos y las ocasiones se te vendrán solas. El cortarte al hablar, no te valdrá menos si logras hacerlo pasar por lucha de pensamientos. Si alcanzas, que lo dudo, aquel perfecto estado que se llama callar, tu victoria será cierta. Advierte por lo mismo y anota en el libro de tus oídos cuanto de mis labios va saliendo. En tus conversaciones haz constar que fuiste rico, que algo estudiaste, aunque no mucho, y que luchaste siempre contra los gobernantes. De este modo entenderán quienes te escuchen que te criabas para señor, que tu modestia iguala a tus méritos, pues confiesas lo que pocos, lo limitado de tu saber, y algo de mayor monta por cierto: tu independencia de carácter, tu oposición a los malos funcionarios, tu apego a la causa popular. Hombre de bien, dirán, formado en la brecha, sin arrimos, sin que a nadie se le ocurra que nuestra numerosa familia vive presupuestada, aunque hago mal en emplear este tremendo galicismo.

Cada época tiene su aristocracia: hubo la del valor, la de los poderes divinos, la de la belleza, la de la elegancia y aún la del buen decir. Cada época y cada barrio las tiene, porque vemos tantas sociedades en una ciudad cuantas hubo en el tiempo todo y en la humanidad total. Esto nace de creer cada uno la mejor su posición voluntaria y de la necesidad de reverencia, que en un médico no podrá ser sino hacia otro médico y en un general hacia otro general. Esto se nota también en las dos

filosofías: en la de las ovejas y en la de los tigres. Así, pues, en punto a aristocracia, sin serlo de ninguna, aparentarás inclinarte a aquella a que más próximo se halle tu interés; pero sin afiliarte, por que afiliarse a cualquiera agrupación es, en tesis general, achicarse, y a veces anularse, pues para cada tiburón existen infinitas sardinas y para lustre de un caudíllo se requiere, en las aristocracias, el sacrificio y la sombra de millares. En punto a filosofía, sé tigre, sin las apariencias. De lo contrario, como los tigres son los animales más disimulados, quedarás mal con ellos y con las ovejas.

Con todos serás amable, de dientes afuera, y mayormente con aquél a quien pretendas reventar. Haz siempre, en estos casos, aparecer otras manos y otra lengua que las tuyas. Imputa a otros lo que inventes contra el prójimo, sin dar al olvido que no es el abuso ventajoso. Cuando intentes satisfacer la necesidad natural de expeler malos pensamientos, no elijas, nó, por Dios, a ningún calificado imbécil. Elige un difunto, sin familia, y llámale ladrón, bebedor y cuanto gustes, y si no tuvieres muerto a mano, dale a un caído, que de árbol caído se hace leña. Una piedra más arrojada al hombre lapidado, una mano menos que se levanta. Nadie ve en el gesto del que la arroja otro signo que indignación. No tengas amistades, ni obsequies, no siendo con palabras. No desperdicies ni la risa. Védate su uso ante gentes: hombre que ríe, hombre perdido.

De la ciudad adonde vas, no te asustes. Al principio te parecerá que el mundo se hubiese juntado

en una feria, acostumbrado como estás a las rancherías. Sin embargo, ten presente que gran ciudad es confederación de aldeas y que la habitan hombres y mujeres. Te filtrarás, no me cabe duda. Al principio harás reir. No te preocupe: el genio de la Broma se fatiga pronto, y si persistes en hacer el uso que debes de tus semejantes, ganarás la partida.

Y el joven aventurero, después de haber escuchado humildemente a su padre, apretó la cincha de su jaca, ciega de un ojo y medio ciega del otro, como el caballejo de «El Buscapié», y pasito a paso, de cara al sol que moría en campos de fuego, se lanzó resuelto a la conquista de la gran ciudad, oculta tras una sucesión de horizontes.

CENA ÉPICA

«Verdades absolutas!»
El filósofo de la madrugada.

«En el fondo de toda verdad existe una parte de mentira; en toda mentira existe una parte de verdad.»
El filósofo de la tarde.

«La verdad no existe!»
El filósofo de la noche.

En aquella tarde de 1850 tenía la palabra, como de costumbre, el famoso D. Pascualón. Sus oyentes, unos a otros se guiñaban, lo cual era también costumbre cada vez que el coronel se aventuraba en uno de sus extraordinarios relatos. ¿Era o no un Hugo de los campamentos? Sus «verdades» solían participar de la enormidad de los Andes que sus plantas hollaran allá en la ardiente mocedad. Ahora envejecía. Hilos de plata surcaban audazmente su melena de león. Pero su fantasía se conservaba moza. Bastaba que alguien aludiera, delante de él, a ciertas aficiones británicas de su tiempo para qne en el acto se representase a Inglaterra como un par de islotes, limitados al Norte, al Sud, al Este y al Oeste por el mar de Whisky.

—Yo tuteaba a todo el ejército: inferiores, superiores e iguales. Desde chiquito tuteaba a Dios,

con que figúrense... Sin embargo, el día que intenté tutear al general San Martín, el hombre, adivinándome, me fusiló con los ojos. Fué en Mendoza. No tardamos en atropellar la Heladera (nombre con que designaba los Andes) que desapareció bajo nuestras botas.

—Y cómo andaban de volcanes? interrogó el coronel Casto Domínguez, el amigo de Lavalleja.

—Volcanes? En más de cuatro encendí mis cigarrillos... Y luego:

—En aquellas alturas, amigos míos, la sombra del general se proyectaba 600 leguas a los cuatro vientos.

Una tosesita del mayor Borgoño — español de origen — cortara el relato de otro menos firme.

—Vean ustedes, al señor Cachupín Cabezudo, sin darse cuenta todavía de la grandeza del general...

—Es que estoy constipado... Y añadió el español:

—Mal andarían ustedes de merienda. Contados serán los mesones en aquellos páramos.

—La guerra es la guerra y nada más que la guerra. ¿Bebida? Agua, cuanta quisiéramos. ¿Comida? A los dos días de andar por la montaña pelada, donde por cierto usábamos sábanas de varias leguas, teníamos un hambre de cien mil diablos a caballo. Los granaderos, hechos a limpiarse los dientes con sus sables me interrogaban con los ojos. Pobres muchachos! Todo lo esperaban de mí. Hacían bien. Yo tenia ya una idea y en eso ví un cóndor, una especie de Napoleón del viento ¿saben? Cargo mi pistolete y zas! el animal se desploma desde una nube y viene a caer entre nosotros como una estrella. Y aquella noche todo el ejército comió cóndor.

JIRÓN DE HUMANIDAD

I

Frente a frente, como dos rivales representativos de la sana y de la mala moral, erguíanse los dos edificios principales del pueblejo: el palacete del coronel Aquiles Mata y la casa de placer popular que yo no sabría designar en lenguaje honesto. En ésta cantábanse por la noche, al compás de guitarras, peteneras sentimentales, mientras por las ventanas de aquél, lanzábanse al espacio exterior notas de piano y versos escandalosos entonados por muchachas decentes.

Un tercer edificio, el «Medio Mundo», grandeza caída, antigua construcción de madera para una fracasada exposición local, casi competía con los ya mencionados. Lo demás, casillas de tabla y zinc y ranchejos. Del conventillo, otro de los nombres del «Medio Mundo», partían cuantos olores se imaginen, desde la pimienta del clavel hasta la metilamina del pescado podrido. La mitad del pueblo vivía en él y entre sus inquilinos habíalos «de todo calibre», al decir de uno de ellos, el *senó* Fuentes, que de hidalgo rico descendiera, por su afición a riñas de gallos, a pobre canijo, aunque sin perder la vergüenza.

Quien, en cambio parecía haberla perdido, era su vecina y compatriota *la chicharra*, cuyo sempiterno canto, después de coronar dinteles y techos invitaba al transeunte a canturriar olvidadas coplas. Pero maldito el caso que hacia esta descarriada hija de Eva de la crítica, no tan amarga, por cierto, como la dedicada a la esposa del coronel, a la cual atribuíase la empresa de dar lecciones de amor a todos los cadetes de la cercana guarnición, en tanto el marido se dedicaba a combinar batallas en un tablero de ajedrez.

En las habitaciones altas del «Medio Mundo» figuraban algunos sujetos originales. Entre otros, dos grandes mulatos, uno de los cuales se las echaba de poeta. Olia,antes que a las princesas de sus versos carnavalescos, a «gin» y catinga, y ostentaba la ampulosa vanidad de un tonel vacío. Al lado de ellos un ex presidente de Haití, D. Simonides Hoche, imagen de la gravedad. Él mismo cocía sus alimentos y de tarde complacíase en enseñar a un loro tonadas militares y canciones de su país. No se daba con nadie, a no ser con *Pierna de palo* que metía tanto ruido, al volver a la media noche por la desierta calle.

No olvidemos por éstos a D. Jeremías Redondel, victima triste de agudos ataques de moral, cada día más «antí»; ni a D. José, el paralítico de la planta baja, metido de medio cuerpo abajo en una barrica, semejante al hombre de las *Mil y una noches*, cuyas miradas parecían perderse más allá del viejo horizonte.

—Oh, el Amazonas! exclamaba a menudo. Vieran

qué majestad! En sus orillas sufrí el primer ataque y no me quejo, pues me traje el río conmigo.

—Buenas tardes, mi señor D. Pepe, (así solía empezar al acercarse a su puerta el de la moral) ¿na visto Vd. lo mal que andamos? No ya aquí, que es toda gentuza, mejorando lo presente. ¿Ha notado cómo se pinta Azucena, la chica del coronel? Se pinta desesperadamente, se tiñe el pelo con agua oxigenada, se pone carmín en los labios y todavía se estropea los ojos con atropina. Y por el estilo, las de Villarrota, sus compañeras de bochinche, por que no ha de negarme Vd. que mayor desorden meten éstas (lo decía señalando la casa del militar) con sus tenientes, que ésas (y señalaba el otro edificio notable) con su dale que dale.

—Y qué se nos importa, amigo mío, que las chicas se pinten?

D. Jeremías ladeaba el timón de su nave y seguía navegando por el mismo mar.

—Bueno, que se pinten si Vd. las defiende. Y ahora ¿qué me cuenta de los de arriba, los mulatones, superficiales como toda raza de paso?

—Qué he de contarle, yo que no me puedo mover! Si Vd. no cuenta algo...

—Pues sépase que anoche riñeron con el negro de Haití , ese del loro ¿sabe? el que le regala pastelitos a la andaluza ¡qué traza! y ella se los acepta y le planta que los morenos hacen muy bien esas cosas. Y le pone unos ojos...

—Estamos como mujeres. Si Vd. hubiese visto el Amazonas...

—Ay, ay, ay! Ya se nos vino la inundación. Buenas tardes, D. Pepe.

II

Y el moralista encaminóse en busca de otro filósofo, habitante de lejano ranchito, aunque sus recíprocas relaciones estaban casi heladas, debido a sus respectivos «sistemas». Tomó por la vía del tren, según solía en sus crisis de «moralina». Luz tempestuosa, bárbara luz, pintarrajeaba las nubes y se tendía a lo lejos por campos y arenales.

Más allá del tren y de su rumor existe la poesía del riel, la visión, no tanto del conquistado suelo cuanto del conquistable mundo.

A lo menos existía para el filósofo en cuya busca iba D. Jeremías y a quien tengo el honor de presentaros sentado en una roca desnuda. Algo quisiera deciros de él, mas cuanto sé redúcese a nada o casi nada. Guardaba, restos de antiguo amor quizá, en viejo baúl, junto a cadáveres de flores, tan cadáveres como ellas, una sombrilla que fué azul y un zapatico de mujer. En otros tiempos vivía en la ciudad, perdida tras varios horizontes, y no se sabía por qué la abandonara, resuelto a ver rodar la bola sin tregua ni probable rumbo, desde el suburbio psicológico, propincuo a los reinos animales: pájaros, langostas y hormigas. Caminaba antes, cuadras y cuadras, en las mañanitas de estío, saludando a los olivos del sendero si con ellos daba.

A esta vida andariega había sucedido la sedentaria, grata a los viejos, de la cual él solía burlarse diciendo: El progreso consiste en pasar del estado salvaje al pastoril y del pastoril al agrícola. Todavía me sobran fuerzas para hacer producir a la tierra veinte o treinta hortalizas. El día que me falten,

ya en la faz industrial de la civilización, talvez algún rey europeo me condecore caballero de industria.

D. Jeremías que al llègar echárase en la misma roca, a un metro debajo del filósofo, en pos de los habituales cumplidos y de iniciar sin fruto varias conversaciones, dijo resueltamente:

—La parte podrida de la sociedad debe arrasarse.

—A tí qué te va ni te viene? Ganas? Pierdes? repuso el otro.

—Sí, sí, si... Tú que abandonaste la lucha, hombre sin ideales, a no ser un cabrón, un tordo y tu baúl. Para tí la moral es una cosa inútil.

—Conoces algo mas apestante que la moral y el judío?

—La moral es la corona de la humanidad.

—Mira: hubo una vez ciertos hombres, en una región de secano, que en lugar de cavar un pozo hicieron montañas de 6 a 7000 metros para obtener agua. Tú has de ser uno de ellos.

—Tú a todos absuelves.

—No debemos condenar a los humanos, siempre que digan la verdad. Háganla y confiésenla, y bastará para absolverlos o meterles un tiro.

El diálogo siguió en el mismo tono, y luego que el moralista húbose despedido, el filósofo se acostó en la peña, entornó los ojos y quedó rodeado por una nube de mosquitos y otra de ensueños.

III

Entre tanto, D. Jeremías apresuraba el paso urgido por las cercanas sombras. Llegaría tarde.

Ya eran encendidas allá arriba, por el eterno farolero, algunas lámparas celestes. Después brillaban aquí y acullá, en los ranchejos, tímidas luces; y allá abajo, en el pueblo, la calle principal desafiaba a cielo y tierra con sus tres faroles a gas acetileno.

Por el camino supo la gran noticia. Las grandes noticias tienen la propiedad de encontrar un portador en cada sujeto. La sabe uno, la sopla a un segundo, el segundo a un tercero, el tercero a un cuarto y así hasta la universalidad. La gran noticia súpola de cuarta o quinta boca.

Al hombre que se la dió se la refirieran y él no hacía sino repetirla. Dos horas antes, aseguraba la versión, el «Medio Mundo» y el hotel de D. Mateo Capten, habíanse volcado en las aceras; las casitas, en los caminos; los ranchitos, en pleno campo. Y era que el coronel D. Aquiles, saliera por las calles a cintarazos y palabrotas detrás de un grupo de tenientes y subtenientes, grupo en el cual figuraban también algunas formas femeninas, entre las que pudo ser reconocida Azucena. Y Azucena había caído desmayada de un planazo, en la escalera que conducía al cuarto del presidente de Haití; desmayada, mientras el loro gritaba desde arriba: uno, dos, tres: fuego!

Esta anticipación de conocimientos más detallados refrigeró con la bondad de un bálsamo el corazón del moralista. Al fín el pundonor habíase impuesto! Al cabo, todos aquellos mozalbetes groseros de la cercana guarnición recibían su merecido. Tremenda lección de la moral ! Volverían, sí, los hermosos días de Bruto apuñaleando a César y

del otro Bruto,matando a sus hijos por la salvación de la República.

No seré yo quien comente la amargura añadida a los fermentos amargos ni la cara que puso, ya en el pueblejo, la encarnación de la moral ante la versión no deformada de los hechos, que sintetizó en esta forma el hombre de la pierna de palo:

—Pero no! señor moralista: a quien corrió a sablazos el coronel fué a un sastre que lo molestaba a cada rato por una cuenta.

ÍNDICE



CATÁLOGO



DE LA





CASA EDITORIAL

DE

O. M. BERTANI



CALLE RECONQUISTA, 630

(ANTES 195)

MONTEVIDEO

Obras editadas por la Casa

HASTA ABRIL DE 1913

Talleres gráficos, "El Arte", de O. M. Bertani

Autores Nacionales

ARMANDO VASSEUR, Cantos augurales (poesías) Agotado . .	0.50
» » Cantos del Nuevo Mundo (2.ª edición) .	» 0.50
» » A flor de alma (2.ª edición) .	» 0.30
MANUEL MEDINA BETANCORT, Cuentos al Corazón, 3.ª edición (Ilustraciones de A. Goby)	0.40
PERFECTO LOPEZ CAMPAÑA, Fanfarria de Prejuicios	0.50
EMILIO FRUGONI, Los Himnos . . .	0.50
» » El Eterno Cantar, 3.ª edición (Ilustración de A. Goby)	0.60
ENRIQUE GRUNTZ, En el tálamo del amor (Ilustración de A. Goby) . . .	0.60

ANGEL FALCO, Ave Francia (prosa y poesía) 0.10
» » Garibaldi (poema) . . 0.25
» » Vida que canta (poesías) 0.40
» » Breviario Galante (poesías) 0.60
» » El Hombre-Quimera . 0.30
» » La leyenda del Patriarca 0.50
» » El alma de la Raza 0.30
(Canto) . . . . . » 0.30
OVIDIO FERNANDEZ RIOS, Las Leyendas Milagrosas . . . . » 0.50
ISIDRO RODRIGUEZ MARTIN, Alma trágica . . . . » 0.30
ILLA MORENO, Rubíes y Amatistas (poesías) . . . . » 0.70
EDUARDO GANDOLFO, De Ayer (versos) . . . . » 0.50
CARLOS ROXLO, El libro de las rimas (en rústica) . . . » 0.60
» » El libro de las rimas (en tela) buena encuadernación » 1.00
CESAR MIRANDA, Las leyendas del Alma (agotado) . . . .
JOSÉ L. GOMENSORO, El país que se ama (cuentos) . . . . » 0.40
DELMIRA AGUSTINI, El libro Blanco (poesías) . . » 0.50
» » Cantos de la mañana . . . . » 0.30

JAVIER DE VIANA, Gaucha, nueva edición corregida por el autor . . » 0.50
OCTAVIO MORATÓ, Problemas Sociales . . . . » 0.20
OTTO MIGUEL CIONE, Lauracha (novela) . . . . » 0.50
ENRIQUE V. ERSERGUER, La Anarquía ante la Civilización . . . . » 0.40
D'ACOSTA e IRISARRI, Liras Hermanas (poesías) . . . . » 0.50
ISMAEL CORTINAS y WASHINGTON BELTRAN, De la raza (primer premio en el concurso « Homenaje a Artigas ») » 0.15
ALBERTO NIN FRIAS, La fuente envenenada (novela) . . . . » 0.20
MARIA CROSA DE ROXLO, A través de la vida (Cuentos) . . . . » 0.40
DOMINGO ARENA, Divorcio y Matrimonio . . . . » 0.15
L. LASSO DE LA VEGA, El Morral de un Bohemio . . » 0.40
» » El ahijado del Diablo . . . » 0.40
VICTOR ARREGUINE, Lanzas y Potros (cuentos) . . . » 0.50
» » Tiempos Heróicos y la Guerra de la Cisplatina . . » 1.00
JUAN PICÓN OLAONDO, Policromía (cuentos) . . . . » 0.50

ALBERTO LASPLACES, Salmos a la Vida (poesías) . . . . » 0.50
V. SALAVERRI, La locura del Fauno ilustrada con más de 100 grabados . . » 0.50

<u>Biblioteca Teatro Uruguayo</u>

ISMAEL CORTINAS, El Credo (comedia en un acto) . . . . » 0.25
LUIS SCARZOLO TRAVIESO, Cabecita loca . . . . » 0.25
FLORENCIO SANCHEZ, Nuestros Hijos (comedia en 3 actos) . . . . . . » 0.50
OTTO MIGUEL CIONE, El Arlequín (Tragedia moderna en 3 actos) » 0.50
» » Partenza (drama en 3 actos) . . » 0.50
OVIDIO FERNANDEZ RIOS, El alma de la casa (comedia) . . . . » 0.25
ERNESTO HERRERA El Estanque (drama en 3 actos) . . » 0.25
» » El león ciego (drama en 3 actos) . . » 0.25
» » La Moral de Misia Paca (comedia en 3 actos) . . . » 0.25
OROSMÁN MORATORIO, Dulce calma (comedia) » 0.25

Autores Extrangeros

ANATOLE FRANCE, Las siete mujeres de Barba Azul . . . . » 0.50
MAX PEMBERTON, El Pirata de Hierro » 0.30
GUY BOOTHBY, La Venganza del Dr. Nikola . . . . » 0.25
LE BLANC, Aventuras de Arsenio Lupin (La dama rubia) . . . . » 0.20
GASTÓN LEROUX, El Misterio del Cuarto Amarillo . . » 0.25
» » El hombre que vió al Diablo . . . » 0.15
» » Balaoo, 3 tomos en un solo volumen » 0.35
El perfume de la dama vestida de negro . . » 0.25
M. VIGNALI, Salón del baile y Guía del trato social . . . . » 1.00
E. GAUTIER, El arte de multiplicar los vegetales . . . . » 0.60
GUMERSINDO ARDANAZ, Frente a la Iglesia . . . . » 0.40
Sindicalismo y Socialismo . . . . » 0.15
Rafael BARRETT, Moralidades actuales » 0.40
» » Lo que son los yerbales . » 0.10
» » El dolor paraguayo . . » 0.40
» » Cuentos breves (Del Natural) . . . . . . » 0.40
» » Mirando vivir . . . . » 0.50
» » Al Margen . . . . . . » 0.40
» » Ideas y Críticas . . . » 0.40
» » Diálogos y Conversaciones . . . . . » 0.40

GUYAU, El Arte desde el punto de vista sociológico, 2 volúmenes c/u . » 0.30
» Los problemas de la estética contemporánea . . . . » 0.30




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 09 03 05 014 0